4ª SECCION — Ensayos - Poesía - Narraciones

LA NACION

Buenos Aires, domingo 4 de mayo de 1969

Bellas Artes - Bibliografía

Quinto centenario de Maquiavelo (1469-1969)

Para LA NACION **Por José A. Oría** BUENOS AIRES, 1969

LA nave derecha de la franciscana iglesia de la Santa Croce ostenta algunos de los monumentos funerarios que confieren al templo carácter de panteón nacional. Entre otras tumbas ilustres, casi todas florentinas, vense allí las de Miguel Angel, León Bautista Alberti, Victorio Alfieri y Ugo Fóscolo. Próxima a la de Alfieri surge el monumento a Niccolò Macchiavelli, obra del escultor Innocenzo Spinazzi, inaugurado en 1787, gracias en gran parte a un admirador extranjero del autor de "El Príncipe", Jorge Nassau, quinto lord Cowper. Hasta ese momento los restos finalmente recordados —a dos siglos y medio largos del deceso del secretario florentino— habían yacido en una tumba de familia colmada de muchos otros, según Adolfo Oxilia.

Lleva el pedestal la siguiente inscripción latina: "Tanto nomini nullum par elogium", cuya traducción da Brunacci con las siguientes palabras: "No hay elogio suficiente para nombre tan ilustre", pero el mismo lexicógrafo se apresura a añadir que la frase aparentemente encomiástica "se cita sovente anche in senso irónico" ("Dizionario generale di cultura", ed. 1938, Apéndice).

Nunca hay que extrañarse de que lo que a Maquiavelo se refiere resulte antifrástico, y su mismo epígrafe funerario sirve para comprobarlo. Para él parece haber sido deformado el texto de Espronceda en la forma negativa, que originariamente no tenía. En "A Jarifa, en una orgía" el poeta español había escrito:

...*Sólo en la paz de los sepulcros* [*creo*...

La colaboración popular lo transformó en: "Ya ni en la paz de los sepulcros creo", y sólo en esta forma pesimista puede citarse el verso a propósito de Maquiavelo. Llevamos cinco siglos de comprobarlo.

A pesar de opiniones tan ilustres como la de Bacon, según el cual "Machiavelli, aparentando enseñar los recursos del despotismo, enseña indirectamente al pueblo la manera de suprimirlo" («De Augmentis scientiarum, lib. VII, cap. 11»)"; o tan originales como la de Baudelaire, quien en su estudio sobre Edgar Poe opina: "El buen sentido a la manera de Maquiavelo, columna luminosa a través del desierto de la historia"; del admirable y juicioso estudio de Macaulay, publicado en marzo de 1827; a pesar de estos y de muchos otros estudios coincidentes, Francesco de Sanctis, apenas terminada, en 1869, la conmemoración centenaria correspondiente, llegaba a esta conclusión desolada: "En suma, de las fiestas de homenaje a Maquiavelo no ha salido otra cosa que la confirmación de la tradición popular, que ve en él a un solemne bellaco" ("Saggi critici", t. 3, p. 194).

Como acaba de leerse, para el gran crítico e historiador de la literatura italiana, a la voz popular, esa que llamó Dante "mondan romore", es la gran culpable de la difamación ininterrumpida que con Maquiavelo se comete. El nombre de Maquiavelo y el apodo de "maquiavelismo" lo conocen todos, las obras del autor de "Clizia" y la "Mandrágora"— muchos menos.

Filólogos y maestros de la literatura italiana como Carlos Vossler han advertido: "Libros hay nada oscuros por cierto, sino muy por el contrario de estilo diáfano, agudo y sumamente comunicativo y sugestivo, que no pueden librarse de interpretaciones erróneas. Ejemplo ilustre de esta especie es "El Príncipe", de Maquiavelo, exhibido por algunos como perniciosa glorificación de la tiranía, por otros como velada sátira contra ella, aunque en realidad no es ni sátira ni glorificación" (Carlos Vossler, "Formas gramaticales y psicológicas", p. 25).

De Sanctis y Vossler ven la fuente de esos desaciertos en la columna inmensa, anónima y ubicua de los mal informados que opinan.

Tiene a menudo como locutor al Don Basilio de Beaumarchais y Rossini, pero encuentra ecos dóciles y efusivos en todas partes. Gracias a ella, de frase hecha a opinión de encargo, de autor popular a público populachero, en algunos casos hasta de generación crédula a muchedumbre fanatizada, el lema, divisa partidaria o "slogan" publicitario burla todas las barreras críticas y se instala permanentemente en los espíritus desprevenidos. Así han corrido o corren todavía por el mundo denominaciones casi siempre afrentosas, como las de: "fe púnica", "molicie de Capua", "mal francés", "gripe española", "pérfida Albión", "el maquiavelismo y sus criminales insidias"...

Como decía La Fontaine: "L'homme est de glace aux vérités; il est de feu pour les mensonges", "glacial es el hombre para aceptar la verdad, de fuego para seguir el error" ("El estatuario y la estatua de Júpiter").

Con nadie se ha demostrado esta suposición como con Maquiavelo.

En nuestro siglo, para H. G. Wells, el autor de "Los discursos sobre la primera década de Tito Livio", sigue siendo el cínico apologista de todo lo que contienen de peor, en los siglos XVI y siguientes, la historia militar y diplomática del momento.

Hace treinta años, Guglielmo Ferrero advertía desde el destierro: "Hay que abordar sin prevención a Maquiavelo. Infamado durante tres siglos, el diecinueve lo ha llevado al pináculo y el siglo XX, aunque cree conocerlo lo ignora" ("1935", 6 de febrero, p. 9).

Pero él, Guglielmo Ferrero, no podía ignorar lo que once años antes había dicho Benito Mussolini, al entregársele una espada en cuya hoja se habían inscripto estas líneas de Maquiavelo: "No es con palabras que se mantiene a los Estados", todo ello publicado en la revista "Gerarchia", de abril de 1924.

El artículo de "Gerarchia" sirvió para prólogo a una nueva edición de "El Príncipe".

Meditación de Mussolini sobre la obra fundamental de Maquiavelo, a la cual llama "Vademecun del hombre de gobierno", comienza con la inscripción puesta en la espada que le había sido ofrecida y termina, por cuenta de Mussolini mismo con estas consideraciones: "Dado que la naturaleza de los pueblos es variable y que es fácil persuadirlos de algo, pero difícil mantenerlos en esa persuasión. Conviene por lo tanto esté ella ordenada de tal modo que si dejan de creer en la misma, se los pueda obligar a seguir creyendo en ella por la fuerza. Moisé, Ciro, Teseo, Rómulo, no hubieran podido hacer observar largo tiempo sus constituciones de haber carecido de armas".

Esta interpretación dada por Mussolini a ideas de Maquiavelo, ¿no será de las que, según Vossler, tergiversan o desconocen el texto de "El Príncipe"? ¿Maquiavelo era "maquiavélico"?

Alfredo Oriani responde por la negativa: "Maquiavelo, que se erige en maestro de todos los astutos y bribones ("i furbi"), no deja de ser el más ingenuo de los políticos que actúan en su tiempo, no lo comprende, no es capaz de prever, no sabe llegar a ningún resultado. Su vida es una sucesión de desengaños y de miserias. Sediento de mando no consigue ni siquiera lograr que acepten su propia obediencia: adhiere como vulgar empleado a la república de Soderini sin adivinar la inminente restauración de los Médicis; se da ínfulas de comandante ("capitano"), y sus teorías para hacer maniobrar a los soldados fracasan en Prato del modo más ridículo; interrogado por el cardenal Clemente, gobernador de Florencia en nombre de León X, le aconseja la república como sistema político, pero al mismo tiempo dedica a Juliano de Médicis "El Príncipe" para enseñarle las artes del despotismo con el modelo de César Borgia..." (Alfredo Oriani, "La lotta politica in Italia", t. 1, p. 151).

En lo que Julio II llamó "il giuoco del mondo", el juego de la política mundial, ante el emisario de la Señoría, Trevisano, Maquiavelo no era ciertamente "pieza" dominante ni de valor principal, sino secundario y de escasa acción. Verdad que el juego de entonces, en el que Julio II pretendía señorear, podía parecerse y recordar al ajedrez, en tanto que el de nuestros días parece un "puzzle" o rompecabezas chinesco.

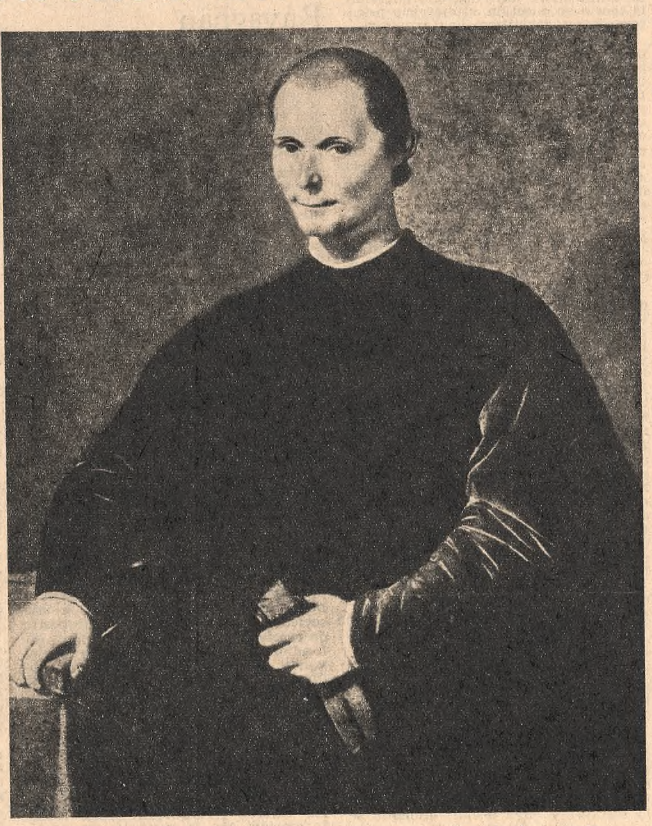
Pero, al menos, ¿las ideas y doctrinas por las que se lo condena, odia o ensalza a Maquiavelo le pertenecen?

Tomemos el resumen de las mismas, allí donde más se admiró al autor, durante el siglo XIX, en Alemania, quizás por pertenecerle a ella el ejemplo valioso de ese Federico el Grande, refutador doctrinario de "El Príncipe", en su "Anti-Maquiavelo", pero discreto alumno del mismo libro en su política de gobernante.

En la Alemania erudita y patriótica, en la que Fichte habló con veneración de Maquiavelo, como de "una sombra augusta y santa", M. Twesten llega a exclamar: "Sancte Machiavelli, ora pro nobis".

El ideario fundamental del floren-

(CONTINUA EN LA PAGINA 3)



Retrato del autor de "El Príncipe", obra maestra de la escuela florentina del siglo XVI

La ejemplaridad expresiva de Maquiavelo

Por

Angel J. Battistessa

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1969

BASTA que una figura del pasado se nos aparezca encuadrada en la más ilustre de las ciudades del Arno para que esa figura atraiga nuestra atención, o para que pierda siquiera virtualmente, cuando la tiene, toda pincelada sombría. Así en el caso de Maquiavelo.

Si hacemos memoria de nuestras visitas a Florencia, por razones de fecha, hoy el recuerdo se nos vuelve a la de abril y mayo de la primavera europea de 1962. Allí nos reunía el Convenio internacional de los dantistas, puestos a los preparativos para la conmemoración del séptimo centenario del propio Dante, luego celebrado en 1965. Era en los días en que en el Salón de los Lirios del Palacio Viejo cargamos el duro honor de intentar una nueva y ahora cumplida traducción castellana de la "Divina Comedia". En las pausas del erudito coloquio, luego de frecuentar "I Tatti" y las colecciones de Berenson, no nos faltó oportunidad para detenernos por horas en el "Albergaccio" de Maquiavelo, en Santa Andrea in Percusina, entre las villas mediceas y los cipreses de San Casciano. Visitamos también, no sin alborozado ánimo convival, la secular hostería, ahora turísticamente actualizada con suntuoso pero evocativo buen gusto. No sabemos si cabe añadir que en la misma Florencia nunca cruzamos la plaza del Duomo sin inventarnos una dolencia de poco momento. Ello nos permite llegarnos a la farmacia allí más cercana, en cuyo arcaico y aromático despacho docta y marmórea inscripción nos previene que el autor de "El Príncipe", nacido el 3 de mayo de 1469 y muerto el 22 de junio de 1527, fue parroquiano de la casa.

Para no padecer convenciones, hagamos que los centenarios terminen por servir para algo: o para ser más justos con los grandes hombres, o para beneficiarnos, cuando menos, con el cernido conocimiento de su obra.

El tiempo en que la palabra "Maquiavelo" suscitaba repulsa está pasando; lo mismo sucede con sus derivados "maquiavelismo" y "maquiavélico". Ya son bastantes los que soslayan la estampa convencional del Secretario florentino. En ocasiones hasta se corre el riesgo de dar en el extremo opuesto. El antes tenebroso retrato deja sitio, en buen punto, a la clara semblanza reparadora. El astuto doctrinario político, hecho a las argucias del oportunismo, cede sitio a la efigie del hombre probo, ciudadano cumplido y patriota fervoroso. Si se atiende al conjunto de las obras de Maquiavelo y no sólo a "El Príncipe", luego se advierte que la segunda de esas caracterizaciones es la que ofrece mayores visos de verosimilitud. Más allá del juicio de los negadores y de los mal informados, las noticias biográficas verificadas no hacen sino confirmar la postrera de esas dos semblanzas. Y cierto que los interrogantes son todavía muchos, pero no es a nosotros, por dicha, a quienes corresponde darles respuesta. Algo, sí, hay incuestionable en lo que toca a la personalidad o, por mejor decir, a la obra de Maquiavelo. Lo único que no puede ser puesto en balanza son los méritos elocutivos del escritor maestro.

Conocida es la no coincidencia que suele mediar entre la conducta moral del autor y su comportamiento expresivo, aunque cada individuo valioso está siempre presente, con entera singularidad, en la textura idiomática de su obra. Por encima de la cómoda pero inexacta dicotomía retórica, las nociones de "fondo" y "forma" en la producción literaria integran una totalidad sólo pedagógicamente divisible. Explícito o no, al menos como *homo scriptor*, cada individuo queda prisionero en su obra, *impreso* en ella. El habla represa, semánticamente, caudal grande de cuanto en cada uno de nosotros es sensación o percepción, emoción o pensamiento, calco de lo obvio o vuelo de la fantasía. Como en los análisis de laboratorio, pero con el manejo de las especies interiores mayormente alquitaradas, la verificación de los estilos personales, creados desde los supuestos comunitarios de la lengua general, concluye por descubrirnos la esencia caracterizadora de los que se dicen hombres de letras. El "yo" práctico de la persona que escribe y el "yo" libre y agraciado de la que realmente se expresa no siempre se exteriorizan concertados, pero un apotegma de Boileau —el que previene que el lenguaje exuda siempre las bajezas del corazón de quien habla—, sin dejar de ser cierto en muchas ocasiones, de aplicarlo con escasos distingos, con frecuencia puede despistar al crítico. Conforme a la encenagada visión que del escritor florentino se ha tenido usualmente, la prosa de Maquiavelo sólo habría de regurgitar, en la sobrehaz de sus folios, como un negro y muy denso plasma expositivo. Lo que acaece, aun admitiendo que Maquiavelo haya sido una mala persona, es precisamente lo contrario.

Por siglos, Maquiavelo ha sido víctima del perceptible "maquiavelismo" de sus adversarios. Se ha conformado su ideario, se lo ha deformado mejor dicho, según conceptos a veces anteriores a la lectura. Todavía hoy, cuando se lo lee antes se lo juzga por "El Príncipe" que por la nutrida diversidad de su obra: si sus escritos lo muestran excepcional doctrinario político, Maquiavelo fue también, en no corta medida, jurisperito, diplomático, historiador, retratista, autor de comedias e infatigable redactor de cartas. En cuanto al poeta, más ingenioso y didáctico que inspirado, no nos aflija darlo de barato.

Con lectura o sin ella la gruesa mayoría impropera en Maquiavelo al autor de "El Príncipe": un valedor de la tiranía, presunta, torcidamente legitimada en el principio de que "el fin justifica los medios". ¿Qué menos, entonces, que escandalizarse siquiera convencionalmente? Para cohonestar el desafuero, con buena fe o sin ella, pronto creyeron algunos comentaristas que al típico conductor todo pudiente propuesto por Maquiavelo urgía oponer la imagen de un "príncipe cristiano" o, mejor todavía, la de un "Anti-Maquiavelo". No el gárrulo Guevara, ni el severo Saavedra Fajardo, ni el grande —y no menos turbio que grande— Federico II de Prusia descuidaron el empeño. Más diligente, y sin duda más "humano" si no más humanista que algunos de ellos, el propio Maquiavelo ya había diseñado su paradigma calcando como al trasluz el perfil de Fernando de Aragón, el católico príncipe pronto regio consorte de la ecuménica Isabel de Castilla.

Pero no nos corramos al cabo opuesto. Todavía hoy, cuando ya nada escandaliza a nadie, bastantes aserciones del autor de "El Príncipe" no han deflagrado por completo su contenido polémico. Esas aserciones, sin embargo, no nacen del supuesto criterio avieso de Maquiavelo; tienen su arranque entrañable, hasta podría decirse teológico, en la índole misma de los hombres. Si por poco que se la desampare de sus resguardos aristotélicos la política viene a encharcarse en deshonestidad y ventajismo, la culpa no puede recaer entera sobre Maquiavelo. En las ceñidas proposiciones de "El Príncipe" no consta por cierto una entera noción optimista de la vida, pero bien vistas las cosas nada se dice ahí que difiera de lo que enseña la Iglesia, si no en cuestiones de conducta sí en lo que atañe, ya a nuestras carencias, ya a nuestras ventajas esenciales: el hombre criatura de pecado, y con todo criatura libre, capacitada para el bien, dócil y por tanto gobernable. En este como en otros textos de Maquiavelo el vocablo *malignità* es palabra reiterada, pero *valore* y *virtù* y otras tónicas dicciones afines despuntan con compensadora frecuencia. Sin salir de lo propuesto en "El Príncipe" —apenas un centenar de páginas entre las miles que compuso Maquiavelo y que se acogen en las Obras Completas—, junto a las fórmulas denostadas, sin grave jadeo pueden entresacarse muchas no reprensibles. La cosecha se acrece por poco que uno se asome a su obra maestra, el comentario sobre la primera de las "Décadas", de Tito Livio. Más allá de esta o aquella máxima condenable, nunca olvida Maquiavelo lo que humana y aun cristianamente importa: el servicio del prójimo, la armónica convivencia, el cívico ardimiento, el orden que lo respalda, la limpia noción de patria. Cuando se lee a Maquiavelo, y más cuando el lector frecuenta el volumen de "El Príncipe", conviene no desatender el contexto de las circunstancias en que fue escrito ese opúsculo. Tampoco parece prudente no percibir la retraída carga irónica —insinuada sonrisa de florentino— con que Maquiavelo contrapesa sus parágrafos. El solo estudio de los adverbios de modo o el de las preposiciones adversativas, peculiarmente asentadas en las páginas de este maestro de la prosa, llevaría a una más recta estimación de sus acerbas prevenciones.

Como quien echa aceite al fuego, pongámonos en el peor de los supuestos. Admitamos, sin más, que "El Príncipe" es un tratado reprobable. Aún así, por el resto de su obra, y por lo que nos consta del hombre y del ciudadano, no deja de merecer Maquiavelo la vigilada admiración, ya que no el confiado respeto de cuantos, puestos a juzgar a los escritores, antes de conocerlos o de descalificarlos por decreto de terceros se acogen a la frecuentación de los textos. Confiándole a Dios la última y más remontada instancia, en este mundo cuando se pretende justipreciar a un semejante importa no distraerse en las cuentas. Porque tal es la condición humana. Si frente a los mediocres nos demoran

(CONTINUA EN LA PAGINA 2)

El Secretario Florentino

Para LA NACION **Por Attilio Dabini** BUENOS AIRES, 1969

UN 3 de mayo de hace exactamente cinco siglos nacía en Florencia Niccolò Machiavelli. Se lo llamó, por las funciones públicas bastante secundarias que desempeñó desde 1494 hasta 1512 en el gobierno de su ciudad, el "Secretario Florentino". De 1512 hasta 1527, que fue el año de su muerte, vivió privado de toda actuación, confinado en la campiña de San Casciano. Tuvo ambición, quizá más que vocación, de gran primer ministro; y en otras circunstancias, en un país poderoso, hubiera podido ser quizá tanto o más de lo que fueron después un Richelieu o un Mazarino, aunque, de realizarse así, hubiera resultado, sin duda, menos de un Machiavelli.

Pero sus circunstancias eran muy otras, y él las veía. Veía que la historia italiana estaba marchando en sentido opuesto al curso vivo y nuevo de la historia europea: mientras las grandes monarquías se imponían y organizaban fuertes y vitales Estados e iniciaban la lucha por la hegemonía sobre Europa, los pequeños Estados italianos se mostraban más débiles y discordes, más huecos de substancia vital (y, en efecto, como muy bien señala De Sanctis, eran todavía estructuras medievales anacrónicas, que sobrevivían por inercia), y así, la rica, cultísima y refinada Italia era para aquellos nuevos grandes Estados europeos lo que había sido la Grecia clásica para la conquistadora Roma. El gran propósito de Machiavelli fue impulsar a Italia por el camino de ese curso vivo y nuevo de la historia europea, o sea, ante todo, unirla, hacerla nación, darle un Estado. No lo pudo hacer en la realidad de la política, y entonces lo hizo en la teoría de la política. En la realidad, la política no se salva de los compromisos, las limitaciones, las distorsiones a que la obligan las situaciones efectivas de oportunidad y de fuerza (y esto nadie lo supo mejor que Machiavelli)· en cambio, en la teoría el único límite era el del ámbito del pensamiento mismo. De todos modos, en el hombre Machiavelli siempre quedó la amargura, la frustración de no haber podido realizar, por lo menos en pequeña parte, lo que sólo le fue dado pensar e imaginar.

Hay una curiosa coincidencia cronológica en la vida de Machiavelli. Inicia su actuación pública, como ya se dijo, en 1494, el año de la invasión de Carlos VIII de Francia, primer acto de la ruina italiana (y Machiavelli, en los *Decennali*, lo recordará así: *Quando in sè discordante, Italia aperse / La via a'Galli, e quando esser calpesta / Da le genti barbariche sofferse*), y muere en 1527, año del saqueo de Roma por las tropas germano-españolas, cuando la ruina italiana ya es un hecho. La invasión de Carlos VIII sólo pareció tener consecuencias para Florencia: el florentino Capponi da una lección de altiva dignidad ciudadana al conquistador galo (y Machiavelli la celebra en un famoso verso: *la voce d'un cappon tra cento Galli*), el pueblo florentino expulsa a los Médicis por suponerlos confabulados con el rey francés, y se instaura la república teocrática-democrática de Savonarola, quien, por sobre gobernar a Florencia como a una ciudad de penitentes, sueña con reformar la Iglesia, y por esto, en 1498, acaba como hereje entre las llamas de la hoguera; siguen catorce años de ordinaria, aunque facciosa, república democrática, cuya pequeñez el Secretario Florentino satiriza en la persona del "gonfaloniere" Pier Soderini: *La notte che morì Pier Soderini, (L'anima andò de l'inferno alla bocca; / Gridò Pluton; "Ch' inferno? anima sciocca, / Va su nel limbo tra gli altri bambini")*.

Sólo a los ojos de los tantos Soderini los hechos de Florencia podían parecer la única consecuencia de la invasión de Carlos VIII; pero no a los de un Machiavelli, que anteveían la continuación: en 1500 Luis XII conquista el Milanesado, en seguida pretende el reino de Nápoles, pacta con Fernando el Católico, juntos conquistan la rica presa, luego se la disputan entre sí, y España (1504) se impone a Francia y convierte el sur de Italia en provincia española.

Pero no es el caso de reseñar las competencias franco-hispano-germánicas. Baste decir que en 1512, gracias a Francia, los Médicis recobran su dominio sobre Florencia, y Machiavelli pierde su empleo y es condenado a un año de confinamiento; pero en seguida, acusado de conspirar contra los Médicis, es encarcelado y torturado: él mismo cuenta que sus compañeros de calabozo eran ratas voraces y piojos "gordos como mariposas". Se le reconoció inocente; pero no se le devolvió su cargo, era sospechoso como republicano y democrático, y quedó relegado para siempre en su casa campesina de San Casciano.

Así termina el Secretario Florentino de la Segunda Cancillería, y en la soledad, en la forzosa inacción y en la pobreza empieza un más importante, congenial y duradero secretariado, que hace de Machiavelli el verdadero Secretario Florentino, pero ahora en todo el sentido profundo de la palabra: ahora es lo que había nacido para ser, Secretario del genio, de la cultura, del espíritu de Florencia, secretario de todo el Renacimiento, y este Secretariado consistiría en ser la conciencia más rigurosa, aguda, implacable y "nueva" de su época.

Los dieciocho años de pequeña Secretaría de la Segunda Cancillería, en que Machiavelli actuaba en un escenario liliputiense pero con la mirada puesta en el gran escenario del mundo, fueron como de paciente labor e investigación de laboratorio, con paréntesis de enviado especial (más "observador" o, como se diría ahora, agente secreto, que embajador): cuatro veces a Francia, donde conoció a Luis XII; a Roma, donde tuvo contactos con Julio II y hasta pudo seguirlo en algunas de sus campañas militares de Papa guerrero, y al Tirol, para indagar las intenciones del emperador Maximiliano, que parecía prepararse para invadir a Italia, y a Urbino y Senigallia, donde pudo observar de cerca a César Borgia. De todo dejó perspicaz memoria en escritos como *Descrizione del modo tenuto dal Duca Valentino nell'ammazzare Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, etc.* (1503: modo que él *casi* presenció), *Rapporto delle cose della Magna* (1508), *Ritratti delle cose di Francia* (1510), *Ritratti delle cose dell'Allemagna* (1512). Estos "informes" del *pequeño* Secretario nacían de enfrentamientos con realidades concretas, pero lo particular valía para él en función de la ley general que buscaba, y así ya eran esbozos, si no capítulos, de la filosofía del *gran* Secretario. Y entretanto escribía, en tercetos duros y oficinescos, la historia más próxima a su Cancillería, la historia de Italia a partir de 1494, que era un poco la historia de su Cancillería misma: los *Decennali*.

Toda esta investigación y práctica de laboratorio de *pequeño* Secretario llevaba Machiavelli, a la vez como experiencia y materia, a los quince años de *gran* Secretario, que acabarían, como ya dijimos, el año de su muerte y de la muerte política de Italia. Con la coronación de Carlos V en Bolonia y la definitiva caída de la República de Florencia, convertida otra vez en "signoria" (ahora ducado) de los Médicis, Italia, como escribe un historiador, "cierra su historia política medieval, pierde su libertad, desaparece de la viva historia de Europa, y comienza para ella, y durará más de un siglo y medio, el triste período del predominio español".

◇

A la curiosa coincidencia cronológica que señalábamos quizá también podamos agregar una analogía significativa entre lo que ocurre a Italia y lo que ocurre a Machiavelli. Machiavelli, la conciencia política más iluminada del Renacimiento, fue prácticamente el hombre menos utilizado y el más relegado; Italia, por entonces el país más próspero y culto de Europa, capaz de grandes ideas universales, resultó incapaz de realizarse a sí misma como Estado, y fue pisoteada por las grandes fuerzas europeas que, a la vez que la anulaban políticamente, se nutrían de su cultura y de su arte. Una primera parte de la analogía estaría en la relegación de Machiavelli y el subyugamiento de Italia; pero habría una segunda parte, más substancial: a la muerte política de Italia corresponde un período en que la filosofía política de Machiavelli (a pesar de que su verdad substancial y científica venía siendo probada por toda la política del mundo, de entonces a hoy) se vio torcidamente interpretada, tergiversada y convertida en esa especie de cinismo utilitario, inescrupuloso y oportunista que se ha llamado "maquiavelismo".

Francesco Flora observa que en su filosofía Machiavelli descubre que "el problema de la política no es de juicio moral, no es de piedad o de compasión: es de *virtud* humana, o sea de ingenio, de habilidad, de astucia"; que la política se manifiesta y realiza en "el mundo de la fuerza, no en el mundo moral", y que todo, en la esfera de la política, inclusive la religión y la moral, "es asumido como política". En un punto en que, después de decir: "cada uno ve lo que aparentas ser, pocos perciben lo que eres", Machiavelli parecería aconsejar la hipocresía al príncipe de su utopía, el mismo Flora observa: "...así es el pensamiento de Machiavelli: una idea pura y objetiva velada a veces o, más aún, oscurecida por principios que la corrompen; y a nosotros toca encontrarla, debajo de todos los estorbos, como una veta subterránea".

Y bien: es probable que el "maquiavelismo" sea una deducción debida a quienes sólo quisieron ver esos "estorbos", esos "principios que corrompen" la idea, y no la idea; o, mejor dicho, a quienes creyeron que tales "principios" corruptores estaban en el ánimo y en la intención de Machiavelli, sin preguntarse si no estarían, en cambio, en el juego político cuyo desarrollo el filósofo veía a su alrededor e indagaba buscando sus reglas. Es posible que su fundamental pesimismo acerca de la naturaleza humana le haya hecho exagerar a veces la nota, y que su amargura de relegado le haya hecho poner en ello una especie de resentimiento vengativo; pero esto apenas sería algo más que un elemento subjetivo, un dejar transparentar su drama personal, y sería fácilmente aislable de la teoría. Por lo que se refiere a ésta, recordemos otra vez a Francesco Flora, cuando dice que su verdadero genio obligaba a Machiavelli "a descubrir lo universal de cada Estado, la esencia perenne, no ya de la República de Florencia o del reino de Francia o España, sino el principio que forma, en el concepto de la ley terrena, todos los Estados en todas sus maneras". Agreguemos, por nuestra parte, que la búsqueda de esa "esencia perenne" y general es lo que vincula al realismo de Machiavelli con el platonismo del Renacimiento.

No es difícil reconocer que Machiavelli —en su verdadero ánimo y pensamiento, y también en su vida de hombre no asistido por la fortuna— es la negación del "maquiavelismo", y que sus convicciones políticas pueden haber sufrido en algún momento perplejidades, pero eran fundamentalmente republicanas y democráticas. Por cierto, no aplicó en su beneficio el principio de que el fin justifica los medios. Pero, esto sí, en su pensamiento, el fin hubiera justificado los medios, cualesquiera fuesen, aun los más contrarios a su personal manera de sentir, si ese fin hubiese consistido en ver realizada su gran pasión: mover el proceso histórico y hacer que Italia se uniera y se afirmara como nación a la par y en competencia con los grandes Estados europeos que crecían y se consolidaban. Todo le parecía lícito en su "príncipe", si éste lograba la unificación del país, porque, como bien claramente veía el filósofo, unificarse, ser nación, organizarse en un Estado fuerte, era el camino que la historia emprendía para realizar el mundo moderno. Esto lo veía claro el filósofo, que estaba creando, con apretado rigor lógico, la nueva ciencia política, y su pasión de italiano comprendía que substraerse a tal proceso era para Italia —como fue— la muerte política, la muerte civil, la no existencia en la realidad histórica del mundo. Y todo —y aquí ya sólo hablaba la pasión— se podía "perdonar" al príncipe que fuera capaz de evitar esa no existencia nacional.

Pero tal príncipe sólo era una creación utópica de Machiavelli, y la no existencia de Italia duró tres siglos: hasta el "Risorgimento", cuando, podríamos decir, el príncipe unificador soñado por Machiavelli se encarna en un personaje múltiple y contradictorio, con muchos y diferentes momentos y fisonomías; de estas últimas quedan fijadas en la historia, sobre todo, tres, y así el "príncipe" es Mazzini, es Garibaldi, y al fin se resuelve en el político que acciona en el juego de las fuerzas efectivas: Cavour.

◇

En los quince años de relegación en San Casciano, Machiavelli escribe todas sus grandes obras. En 1515 da principio a los *Discorsi sulla prima deca di Tito Livio*, pero de pronto se interrumpe, urgido por la inspiración del *Príncipe*; retomará los *Discorsi* en 1519. Alterna obras de doctrina y obras poéticas y literarias. Así, en 1520 compone *La Mandragola*, destinada a ser la mejor comedia del Renacimiento, y la *Vita di Castruccio Castracani*, y además empieza a escribir las *Istorie Fiorentine*, que terminará en 1525; en 1521 publica los siete libros del *Arte della guerra*, y entre 1514 y 1524 compone sus otras dos comedias (la *Andria* y la *Clizia*), los *Capitoli*, el *Asino d'oro*, los *Canti carnascialeschi*.

A su relegación, a su amarga y "ociosa" soledad (desde la cual pedía que lo utilizaran aunque sólo fuese para "voltolare un sasso", para rodar una piedra) debemos sus *Lettere*. En una de ellas, dirigida al amigo Francesco Vettori, describe su vida: se levanta cuando sale el sol; va al bosque, examina el trabajo de tala y se entretiene con los leñadores; luego va a una fuente, y a cazar pájaros o a leer: "Siempre llevo un libro, Dante, o Petrarca, o uno de estos poetas menores como Tibulo, Ovidio; leo aquellas sus ardorosas pasiones y aquellos sus amores, y me acuerdo de los míos". Después del almuerzo va a la "osteria" y juega a "cricca" o a "tric-trac" con el tabernero, un carnicero, un molinero, dos carboneros, y se traba con ellos en discusiones sobre las alternativas del juego, y fácilmente todos trascienden a las palabras injuriosas: "Así, entre estos piojos, le quito el moho al cerebro y desahogo la malignidad de esta suerte mía. Cuando anochece —sigue contando— vuelvo a casa, y voy a mi escritorio; y en la puerta me quito la ropa cotidiana, llena de fango, y visto indumentos reales y curiales, y así vestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde, por ellos amorosamente recibido, me nutro de ese alimento, que *solum* es mío, y para el cual nací; no me intimida hablar con ellos, preguntarles la razón de sus acciones, y ellos muy humanamente me responden; y ya no siento, durante cuatro horas de tiempo, fastidio alguno, olvido todo afán, no temo la pobreza, no me asusta la muerte: todo me transfiero en ellos".

Así Niccolò Machiavelli pasa en un mismo día del extremo más basto al extremo más consciente de la humanidad, y así nacen las obras. Y esto es Machiavelli: una experiencia vivida de la corriente y a veces brutal realidad, y la capacidad de elevarse al olimpo del pensamiento, y desde allí, en compañía de los grandes, contemplar y juzgar el mundo, y ver funcionar los modos y las reglas con que la humanidad entreteje su destino. Y en esto, perdido el *pequeño* Secretariado de la Segunda Cancillería, consiste el *gran* Secretariado. O, mejor dicho, una parte de su *gran* Secretariado. Porque hay otra parte, implícita en su genio y en su formación, digamos literaria, que le hace ser muy particularmente y muy congenialmente, como ya dijimos, Secretario del Renacimiento, Secretario de la cultura toscana. Aquí está, para nosotros, su genuina grandeza, que es, esencialmente, grandeza de escritor. Francesco De Sanctis define bien esta grandeza: "Niccolò Machiavelli es, ante todo, la conciencia clara y seria de todo el movimiento que, en su espontaneidad, desde Petrarca y desde Boccaccio se extiende hasta la segunda mitad del siglo XVI. Con él empieza realmente la prosa, o sea la conciencia y la reflexión de la vida". ≠

El puñal

Por Fernando de Elizalde

Para LA NACION
BUENOS AIRES, 1969

Ilustración de Héctor Basaldúa

HAY dos elementos que es necesario diferenciar en esta historia. Por un lado una creencia; se podría llamar también un principio. Del otro lado un veraneo. Dos cosas distintas, se ve. ¿Por dónde empezar? Quiero ser lo más claro posible: explicaré primeramente el principio al que sometí mi vida.

Eudora se adaptó sin la menor resistencia a lo que yo proponía, lo aplicó en forma cabal a su existencia. Siento profundamente el amor: por lo mismo sé todo de él. Una vez que se lo halla no hay que perderlo, no debe ser él el perdidoso en las vicisitudes de la vida. Entiéndase bien: ésta es mi apuesta vital, el sentido último de mis actos. Me juego enteramente en ello. De ahí nació el principio al que me refiero y que preconizo: un hombre y una mujer se encuentran, se sienten atraídos, se aman. ¿Y después? Allí viene lo que es preciso cuidar y preservar de cualquier riesgo. Lo que se inició de tal manera, la llama que alcanzó esa altura no debe extinguirse. Lo que sucede trasciende y eleva a los enamorados, los hace salir de la cárcel de sus cuerpos, de la prisión dolorosa y ambulante que no puede dar más que una imagen borrosa de sí. Sin amor sólo somos sombras de nosotros mismos. Lo sé, siempre lo supe. Así lo afirmaba donde me hallase.

Eudora lo creyó. Lo vivió con intensidad a mi lado. Rubia, ancha y diáfana a la vez. Espaldas sólidas, en ángulo recto con los brazos. Transparente en su fuerza. El colorido de la piel ayuda a hacerla de ese modo.

Ni un instante el uno sin el otro, en presencia o en pensamiento. El aire que la circundaba me daba celos, al separarme de ella sufría, y continuaba el sufrimiento hasta volverla a ver. Cada ausencia, por breve que fuese, resultaba oprimente y sólo se serenaba la ansiedad a su lado. En ella estaban mi angustia y mi paz: así ha de ser el amor. A su vez, Eudora vigilaba los momentos, los suspiros, los silencios. Donde nos hallásemos nos dedicábamos los gestos que hacíamos para evitar el dolor. Eudora lo aceptó.

Ahora viene lo del veraneo. Unos años después de conocernos en el campo. La propiedad de familia admitía huéspedes en la casa amplia; una tarde hurgando cajones descubrimos un álbum viejo de música. Discos que tuvieron gran éxito en la década del treinta. Música vieja para nosotros. Yo ni siquiera había nacido en esa fecha, se me escapaban el modo y el sentido del baile de entonces, tan distinto del de ahora. La pareja se movía enlazada, no se separaban. Lo hacían sin dificultad, naturalmente. Me interesaba esa experiencia, ¿cómo arreglarme para tenerla? Eudora no servía para esto, tampoco ella sabía cómo hacerlo: se hallaba en mi misma situación. Entre los invitados ese año figuraba Luisa, ella se ofreció a ayudarme. También era joven, pero lograba manejar aquellos pasos arrastrados, deslizantes, de actitud contenida, un brazo del hombre rodeando la cintura de la mujer, las manos libres de ambos, de él y de ella, entrecruzadas en el aire, a la altura de los hombros. Si se quiere los bailarines se comunicaban con mayor proximidad de aquella manera.

Eudora aprobó sonriente las clases. Todas las noches, después de comer, poníamos en el fonógrafo "Beguin the Beguine", con la orquesta de Benny Goodman. Hizo furor en su época. Había que dejarse llevar por el ritmo, sin violencia. Llegar a lo de antes, pedía yo. Unos minutos cada noche solamente. Los demás reían, luego se habituaron, ni miraban al final. Aquello dio tema para hablar de los cambios en las costumbres, en la forma de sentir de la gente: la significación de esa música y el baile de espectáculo, melódico, que la acompañaba, frente a una música de denuncia, desgarrada, anhelante, rota, exasperada, visceral y agresiva como la nuestra. Eudora, la única, seguía los pasos suaves, casi perfumados que hacíamos. Su sonrisa planeaba encima de todos. Al cabo de unos días le pregunté si el aprendizaje la molestaba. Sonrió desde su claridad, me animó a proseguir.

La tez de Luisa era mate, se sentía incómoda ante la manifestación de la pasión por Eudora que yo señalaba especialmente en esas circunstancias. Se le notaba el fastidio, lo disimulaba mal. Ni a mí ni a Eudora nos importaba lo que pensaba la gente; más que nunca la sonrisa de ésta llenó el ambiente que nos rodeaba.

A medida que me familiaricé con el baile, desplazándome a través de movimientos elegantes y estilizados, comprendí mejor a la gente de otrora que se complacía al destacarse en recepciones brillantes, adecuada a los trajes de etiqueta que les gustaba llevar, mientras le daban la espalda a un mundo torturado y amenazador que bullía fuera de los salones. En tanto adquiría mayor soltura, conduciendo a mi compañera cada vez más seguro, ésta fue apretando su cuerpo contra el mío, en un gesto de entrega. Sentí a la mujer que deseaba prolongar el abrazo más allá de la danza. Pero la sonrisa de Eudora vencía. Y mediaba mi fe prometida, el amor predicado.

Eudora. Y yo. Los dos llenando el mundo. Así correspondía que fuese. Suspendí las lecciones. Vi el ademán duro en los labios de Luisa. Lo sentí por ella, no por mí. Extrañé un poco en verdad ese cuerpo lánguido, acariciante, el cuerpo desconocido que buscaba entregar su secreto. Pero la sonrisa clara, traslúcida, enamorada de Eudora dominaba todo. Y mi promesa.

Nos habían destinado ese verano a Eudora y a mí una casita alejada del edificio principal en el que se alojaban los demás. Una casita trepada a la loma. Me gustaba caminar antes de dormir, no bien nos despedíamos de los otros. Eudora me acompañaba o no, dependía de su cansancio. En caso que no viniese a dar una vuelta, permanecía encendida la luz en nuestra ventana, indicando dónde me aguardaba a mi regreso.

Aquella vez caminé más. Solo. Seguí el sendero que conduce al bosquecito de pinos. Se bajaba de la loma hacia el campo, en dirección opuesta a las viviendas. Después se repechaba una pequeña cuesta y se llegaba al bosquecillo. ¿Qué orientó mis pasos en ese rumbo? No lo supe. O no quise saberlo. En la noche cálida, tenue, no se oían ruidos. Aspiraba la humedad olorosa del pasto a los lados de la huella. Daba placer avanzar bajo las estrellas numerosas en la noche inmóvil, abordar la oscuridad acrecida de los árboles sin aliento. ¿Cómo rechazar en aquel momento el acecho, la invocación al misterio, la tentación, el desafío, la novedad?

No contaba con la seguridad de encontrar a alguien allí. De ninguna manera. Ni aviso alguno. Lo único que hacía era adelantar, palpitante, en el silencio. Cuando estuve cerca de los árboles, Luisa apareció de pronto y rió. La luna colaba sus rayos entre el ramaje y la envolvía. La luna sobre la piel de Luisa: una luz hecha para las pieles morenas. No hablamos. Probablemente me esperaba. El furor que nos invadió arrasó con el pensamiento. Y la risa de Luisa, al principio y después. Una risa cruel, triunfal y vengativa.

Me desprendí al oírla la segunda vez. Corrí sin abrir la boca, me precipité cuesta arriba por el sendero, hacia la luz de la ventana en la loma. Llegué jadeante, me arrojé a los brazos de Eudora. Le conté todo: no había pronunciado una sola palabra junto a los árboles, en medio de los rayos de luna, sobre el hechizo de la piel iluminada. Nada de lo que pasó le oculté.

Lo hizo por el amor que le enseñé.

Eudora me clavó en el corazón el puñal que te presento, Señor. ╪

El hombre y su mundo

Por Luis María Ravagnan

Para LA NACION
BUENOS AIRES, 1969

QUIZA una de las preocupaciones fundamentales del quehacer psicológico contemporáneo consista en la consolidación de una teoría del hombre, que constituya la piedra angular ineludible sobre la que habrá de reposar la interpretación ulterior de la conducta humana en su diversidad de matices. Esta elaboración conceptual no tendría por finalidad única reunir en un mismo crisol todos los frutos de las disciplinas humanas en el orden cultural, según apunta Rollo May, sino sistematizar "algo distinto, o sea, una teoría operativa que nos capacite para comprender claramente las características específicas y distintivas del hombre y que sería la ciencia sobre la cual basaríamos la psicoterapia". Esto equivale a afirmar que hasta tanto no se haya logrado cimentar la teoría en cuestión, el ejercicio psicoterapéutico constituye una aventura.

Se advierte, pues, una exigencia imperiosa de indagación, no sólo en lo referente a la faz esencial de la estructura humana, sino también con respecto a la esfera ambiental a ella inherente, es decir, con respecto al mundo en el que tienen lugar los comportamientos. En tal sentido, una adquisición importante se expresa en el hecho de que ya no cabe ninguna duda de que la conducta es el fruto de una interacción entre el sujeto y su campo, sin privilegio de alguna de las partes; en consecuencia, de una estructuración global donde ingresan el yo y los objetos, el yo y los otros yo, en la medida de su presencia real o en imagen, en la órbita de las relaciones interpersonales.

El propósito de no descuidar estas indisolubles relaciones torna discutible la afirmación de Guirdham, al sostener que la enfermedad en general y los problemas de conducta, no implican una tendencia a lo mórbido sino algo impuesto en gran parte desde afuera. Esta aseveración, aceptada con carácter absoluto, equivaldría al resurgimiento del superado dualismo tradicional, accediendo, en tal caso, a una preponderancia de lo exógeno; en cambio, de acuerdo con la interpenetración que se opera en el campo psicológico, no podemos postular ninguna prioridad del sujeto o del ámbito, de lo social o de lo individual, por cuanto ambas instancias se integran en un nexo unitario fuera del cual no es posible comprender los comportamientos humanos. Dice Nuttin: "La personalidad no es simplemente un aparato funcional ni está tampoco simplemente «abierta» al mundo, sino que ella *es* un mundo y tiene su mundo vinculado al mundo objetivo y social, pero devenido «mío» y parte integrante del yo desde el momento que constituye el término intrínseco de mis actividades psíquicas. De tal modo, la personalidad está «llena» del mundo".

Las teorías formuladas acerca del campo psicológico están más allá de todo psicologismo o sociologismo, porque el hombre es una unidad biopsíquica, por una parte, y por otra, pertenece a una constelación social que lo sostiene y cuya acción eficiente se manifiesta en el proceso de paulatina constitución de la personalidad. Si bien estos factores forjan una estructura solidaria, no obstante existen ciertas líneas de incidencia que señalan, según Guirdham, formas operativas de sugestión que actúan desde afuera. Este autor afirma que los cuadros estadísticos destacan, por ejemplo, la moda de ciertas enfermedades que oscilan con las épocas y que en ocasiones asumen características preponderantes de notorio influjo sobre los individuos. Dentro de los fenómenos mencionados por Guirdham podemos citar el asma, las discopatías, las úlceras, las apendicitis y aun las neurosis, que trazan en nuestro tiempo una línea de caracteres relevantes. Como esta última perturbación ha llegado a convertirse en norma, acrecentando la neurotización social, tal circunstancia provee, con el consiguiente desequilibrio de la personalidad, el desequilibrio del campo total.

Con el fin de solucionar el problema individual y por ende social, el psicoanálisis se erige como tratamiento psiquiátrico privilegiado, ingresando igualmente en el ámbito de la moda, y así como antaño cada cual contaba con su médico clínico de cabecera, hoy se estima que no se puede prescindir del psicoanalista a quien se le confían los problemas íntimos y de quien se aguarda, por lo menos, la interpretación de los mismos. Parecería según Guirdham, que el psicoanálisis mismo, como tratamiento, adquiere caracteres de sugestión y se constituye como la vía favorable para la solución de los conflictos. Pero, preguntamos, ¿cuál doctrina y técnica psicoanalítica? Porque existen formas genéticas basadas en la historia del sujeto donde la línea temporal no va más allá del pasado, y formas sistemáticas que enfatizan el campo psicológico inmediato, no olvidando otras posiciones que sin desconocer el poder de las traumatizaciones arcaicas insisten en indagar sobre la legitimidad de la actualización de ese pasado no descuidando el examen del campo actual, el control y la actitud del sujeto unidos al estudio del proyecto fundamental por él esbozado. Porque si el hombre es en sí mismo tiempo, no es posible aislar en el seno de la subjetividad, el pasado, el presente y el futuro por cuanto ellos se funden en una totalidad indiscernible. En consecuencia, en un caso, el factor básico es biológico, pulsional, determinista y mecanicista. En otros rige la autonomía, la posibilidad de elegir, la indeterminación, la contingencia, la variabilidad del campo total y, especialmente, la insistencia en cada sujeto por resguardar el núcleo íntimo de su personalidad poniéndola a salvo de toda invasión foránea, ya que dicho centro personal es quizá lo único que realmente le pertenece y a cuya profanación se resiste.

Esta diversidad de técnicas pone de relieve que aún la teoría del hombre que auspiciábamos al comienzo clama por su realización, de donde se deriva que todo procedimiento con finalidad curativa habrá de reposar, hasta tanto, sobre un postulado más o menos inconsistente.

Ahora bien, el hecho de que el sujeto persevere en la defensa de su entrañable intimidad, no significa un enclaustramiento total en dicha célula interior. Quizá ello se produzca como reacción a adaptarse a un ámbito igualmente perturbado y su manifiesta neurosis constituya un mecanismo cuya vigencia habrá de mantenerse, según apunta Rollo May, hasta tanto rijan otras condiciones en su mundo circunstancial. Porque no se trata simplemente de adaptar al sujeto a una sociedad neurotizada con el propósito de resolver sus conflictos, y quien pretendiera dicha adecuación estaría llevando a cabo intentos igualmente represivos, por cuanto el principio de realidad que se estima como norma, es, según lo señala Carusó, el principio que rige en una sociedad alterada.

Si en el campo se ha desvirtuado el genuino principio de realidad es porque en él se ha operado una transformación con respecto al sentido de la presencia humana y a la estimativa de los valores jerárquicos. Dicha transformación, con la supresión correlativa de las vallas y el desconocimiento de los cánones éticos, la rebelión contra las costumbres, el intento de superar las inhibiciones, por consiguiente, la vía libre para la realización de cuanto nos plazca, bajo el signo de una pretendida autenticidad, y la abolición del principio del deber han demostrado que ello no resuelve el problema, por cuanto un registro de evidente comprobación, muestra que tales presuntas autenticidades han determinado no sólo una errada cosmovisión sino también el incremento de las neurosis.

Quizá las causas que provocan perturbaciones de la conducta no residan exclusivamente en la represión que el sujeto opera con respecto a sus instintos primarios, en la vigencia de una tensión de necesidad ni en la resonancia de las frustraciones o de experiencias traumáticas infantiles y aun, si se prefiere, en la latencia de las relaciones parentales no resueltas. Sin desconocer su posible participación en un contexto que sin duda habrá de exceder tal rigidez universalizante, cabe preguntarse si los conflictos no podrían ser, antes bien, el corolario de una concepción del mundo no humana y por lo tanto de una degradación de la conciencia de sí. En tal caso permanece abierto el interrogante propuesto sobre los factores determinantes, es decir, si se trata del medio social o de lo que el sujeto, en virtud de su particular cosmovisión, ha instituído como bienes supremos en su campo psicológico, a saber: dinero, poder y sexo, con las consecuencias correlativas: lucha, competencia, rebelión, exhibicionismo corporal, erotismo y destreza física, para citar las más notorias evidencias. Ello coincide, por otra parte, con el asentimiento incontrolado a los valores inducidos desde afuera mediante la propaganda, que utiliza diversos medios de incidencia y donde cobran jerarquía ciertos elementos que incrementan paulatinamente la adhesión a una realidad que se estima como coincidente con las apetencias señaladas. Estas correspondencias se advierten, como bien lo apunta Caruso, en el caso paradójico de la persecución de la criminalidad y a la vez de su maligna glorificación, "el sórdido materialismo que en la vida práctica no reconoce, en última instancia, más poder que el del dinero, el embrutecimiento organizado de la masa mediante la cursilería, el sensacionalismo revisteril, los secretos de alcoba y los horóscopos", en consecuencia, agregamos, la puesta en primer plano de los hechos negativos y por ende secundarios, con la consiguiente postergación de los valores genuinos cuyo desconocimiento aporta la relajación de la condición humana.

De acuerdo con estas y otras razones igualmente significativas, propone por su parte Guirdham una terapia desde adentro. Fomentar una terapia desde adentro equivale al intento de lograr una doble objetivación: la objetivación del mundo como estructura perturbada y traumatizante y la objetivación de nuestra mismidad como centro y posibilidad de reacción frente a la permanente distorsión. Es decir, la objetivación de un mundo hasta entonces no humano, de un principio de realidad neurotizado, y la objetivación de la personalidad sobre la que se cierne la amenaza.

Esta reflexión sobre sí, esta posibilidad de convertirnos en objeto de conocimiento es, sin duda, ardua, pero coincide con el sentido de lo que se ha dado en llamar autoconciencia desde los albores de la filosofía y psicología orientales, y más notoriamente desde Sócrates hasta los tratadistas ulteriores que lucharon por la armonización de la conciencia de sí y del mundo, pero no como instancias separadas sino aprehendidas en su implicación recíproca, implicación que otorga la posibilidad de operar una modificación total que va más allá de la mera racionalización interpretativa o de una pasiva y en ocasiones coercitiva adaptación. Es con esta finalidad que sostiene Caruso que el psicoanálisis debe ayudar al hombre a escoger por sí mismo mediante una toma de conciencia de sí y del medio social que lo ha succionado. Elección auténtica, humana y no instintiva, con respecto a una nueva posición en la interacción con el mundo, distinta, en consecuencia, de la que no escogió libremente.

Por lo tanto, cualquier intento operado desde afuera es represivo y vulnera la soberanía de nuestra personalidad. La transformación de ciertos modos de comportamiento de índole negativa no puede ser cumplida si el sujeto no vislumbra una senda positiva de sustitución y nada positivo habrá de ocurrir hasta que él logre superar los esquemas estereotipados que rigen en el claustro, a veces inviolable, de su subjetividad, porque el hombre es en el mundo y debe descubrir por sí mismo el sentido otorgado a su modo de ser en ese mundo alterado en la comunicación y en las relaciones con sus prójimos, alterado en la aprehensión de los valores jerárquicos y en la significación de nuestra existencia. Es preciso lograr una interpretación lúcida del pasado en sí y no de un pasado actualizado con violencia, incorporado a un extraño contexto y por ende distorsionado en la medida que emerge en una conciencia inmediata aún comprometida en la perturbación. Por el contrario, la actitud objetiva podrá orientarse hacia una perspectiva distinta donde se convierta en propósito fundamental la comprensión del sentido de los actos propios y ajenos, procurando "no alienarse en la alienación del otro ni sumergirse el otro en nuestra disociación".

Rollo May sostiene que "la autoconciencia es la forma de conciencia distintivamente humana, la capacidad particularmente humana no sólo para saber algo sino para saber que yo lo sé, es decir, para sentirme a mí mismo como sujeto en relación con un objeto o como un yo en relación con un tú".

Bien podría ser éste el cometido de la terapia desde adentro auspiciada por Guirdham, entre otros. Una terapia cuya ejecución no vulnera nuestra soberanía y donde perseveramos en ser sujeto y no objeto para el otro. Sólo se puede lograr este despertar que es privilegio del hombre, cuando él cae en la cuenta que nada ajeno, exterior y extraño, podrá tener validez sin su asentimiento. Es por ello que la curación adviene cuando el sujeto ha logrado objetivar su problemática y particularmente cuando accede a la revisión de su modo de ser en el mundo. Porque si el mundo no se puede transformar en su ser, podemos sí transformar nuestra toma de posición frente a él, con el beneficio consiguiente que habrá de otorgar el nuevo nacimiento. ╪

La ejemplaridad expresiva de Maquiavelo

(CONTINUACION DE LA PAGINA 1)

indeliberadamente las multiplicaciones desaforadas, ante los hombres magnos nos entretienen las r e s t a s y hasta las divisiones al menudeo. En detrimento de los más lindos rostros no advertimos en ellos sino las pecas: en las siluetas airosas no retenemos sino esta o aquella tacha del conjunto. Los coetáneos de Byron, en el lord apolíneo lo primero que solían descubrir era la cojera. Así, pues, como contraparte, en el terrenal enjuiciamiento de los hombres —sutil, casi angélica matemática— debería procederse como en los arqueos comerciales. Las fortunas genuinas nunca han de estimarse por las retracciones del "Debe", aun supuesto que éstas sean frecuentes, y sí por la sostenida o por la sustancial ponderación del "Haber". Cuando se trata del talento o de la conducta ajenos ni a tuertas ni a derechas —reconozcámoslo— deberíamos caer en los yerros recordados. Lúcido también en este registro, Maquiavelo no ignoraba la injusticia de estas quitas casi nunca candorosas. En uno de sus escritos lo señala: "Si los hombres hacen diez cosas honorables, y luego fallan en una, máxime cuando una de esas fallas es de cierta importancia, ésta tiene fuerza suficiente para anular todas las otras cosas honorables". Nada cuesta admitir que "El Príncipe" puede configurar una falla en la producción de Maquiavelo; pero, aunque lo integre, la parte nunca es el todo. El pesimismo de este escritor jamás se plantea en términos absolutos. Por lo pronto, Maquiavelo creyó en la libertad, y pluma en ristre, batalló por ella. Admitió que el ser humano es dócil y capaz de bonificarse; también lo sabía sensible a las solicitaciones del bien y a la emulación del ejemplo. "A veces —reconoce en algunos de sus Discursos— puede más en el ánimo de los hombres un acto humano y lleno de caridad, que un acto feroz y violento; y muchas veces provincias y ciudades, que las armas, los instrumentos bélicos y cualquier otra fuerza humana no han podido franquear, un ejemplo de humanidad y de piedad, de castidad o de liberalidad las han franqueado". No le desasistió a Maquiavelo el sentido de la justicia, ni le fue extraña la viril dignidad de lo heroico. A despecho del todavía hoy pertinaz comportamiento temporal de muchos clérigos, a Maquiavelo ni siquiera se le ocultó la noción de lo santo. Tuvo siempre presente el elenco de los varones laudables. Lo eran para él los hombres espirituales, los fundadores de religiones y de Estados, y con ellos los que consolidan los reinos y las repúblicas. En la lista, con especial relieve, jamás olvidó a los escritores. Sólo le fueron manifiestamente odiosos, "detestables", los que ofuscan las creencias trascendentes, conturban las jerarquías, niegan las letras o estorban el ejercicio de las disciplinas útiles. En la nómina de los por él reprobados ganan anatema casi dantesco "los impíos y los violentos, los ignorantes, los ociosos, los viles y los apocados". Contrariamente a lo que se asevera por empedernido hábito de pereza, ni siquiera puede decirse que el por cierto innovador Maquiavelo haya pretendido constituirse en revolucionario sin causa: "...siempre ha sido peligroso encontrar modos y órdenes nuevos". Parece que no le disgustaba una cierta pompa, pero manifestaba la más resuelta despreocupación por las apariencias: "No son los títulos los que ilustran a los hombres, son los hombres los que ilustran a los títulos". Su cautela, doble cautela de observador perspicuo y de florentino conocedor de la historia, vibra con fuerza extratemporal aun a vuelta de siglos; sus admoniciones asumen todavía hoy un desconcertante brío alusivo: "Donde la elección abunda y se puede usar licencia, todo se colma en seguida de confusión y de desorden". Aludió Maquiavelo, con frecuencia, a cuestiones sólo locales y de su tiempo, pero contorneando lo lugareño y lo momentáneo, su mirada crítica acertó a alcanzar lo que permanece adscripto como por encima de la circunstancia y de la hora. Sabía, naturalmente, que la condición humana —la de verse propensos los hombres antes al mal que al bien— no deja de ser la misma en los diversos niveles de la historia. Por eso, ni las utopías intelectuales ni las unciosas quimeras fueron su fuerte. Cuando se refiere al mal —el distingo importa—, Maquiavelo lo verifica y procura remediarlo a su modo. El que el modo sea discutible, esto es ya otro problema. Aparte algunos amaños, si se quiere condenables, por momentos, mal que les pese a sus adversarios, ya parece justo agradecerle a Maquiavelo ciertas juiciosas prevenciones ni controvertibles ni inmorales. ¡Qué hemos de hacerle! En todos los planos de lo humano, aunque las formas del combate difieran, "contra malicia, milicia". Es lo cierto que Maquiavelo nunca sacó sospechosa ventaja de lo que escribió de efectiva manera o de lo que desaprensivamente se le achaca. Vivió pobre y murió enflaquecido, o casi, por afligentes apreturas económicas. Secretario de la República, fue un funcionario calmo; primer alto doctrinario de la conducta gubernativa nunca se desbarrancó en la política. Por diversa vía consta que fue desvelado y hasta cariñoso padre de familia, tratable vecino e interlocutor amistoso. Como pocos, eso sí, supo gobernar su prosa; de hecho no practicó más tiranía que la de "castigar" a sus frases; quiso volverlas libres y soberanamente expresivas. Al menos en esto, en lo que se refiere a Maquiavelo, por una vez todos podemos ponernos de acuerdo. Decir que en lo moderno logró la claridad de César y la austera concisión de Tácito, es decir, lo justo, aunque sea repetir una frase antedicha y de sesgo escolarizado. Tienta en cambio destacar sumariamente cuáles fueron en sus días las motivaciones existenciales y los concordes respaldos de estudio y de cultura que en alguna medida pueden "explicarnos" las excelencias de esa prosa. No es ésta, la de Maquiavelo, una prosa sólo brillante y de aparato; es un discurso fluente pero encauzado. Por lo que toca a la llamada voluntad de estilo, el propio Maquiavelo supo encontrar la fórmula. Todo "lenocinio y ornamento extrínseco", alecciona, debe ser excluído. Si algo urge cuando se habla, y sobre todo cuando se escribe, es que las cosas —las *cosas*, no las *palabras*— vayan dichas con el más fino ajuste: el interés de los modos expresivos debe proceder "fundamentalmente o de "la variedad de la materia", o de "la seriedad del asunto". El estilo, cuando se lo tiene y es el signo verbal del espíritu de quien lo posee, constituye una tónica siempre presente a lo largo de toda la obra. A diferencia de la manera, pronto monótona, pronto iterativa, el estilo auténtico es el que se unifica idiomáticamente en un todo reconocible y sin embargo diverso. Cual le acontece al músico diestro, al escritor nato —y no menos nato que aplicado—, luego se lo reconoce por su capacidad para intercambiar los tonos. Claro que tales mudanzas, para que el escritor no se nos trueque en literato, n u n c a deben ser caprichosas. Por encima del frangollo de los falsos espontáneos o de las seudo exquisiteces de los mal llamados estilistas, así cuando se habla como cuando se escribe sólo son legítimas las variaciones que aconseja el asunto y el carácter de cada página. Esto, en verdad, es lo único que debe llamarse prosa; lo demás, como los versos ociosos, no es sino literatura.

En la prosa de Maquiavelo, lo que primero desconcierta y en seguida tonifica es el poder observar cómo un hombre tan moderno —y a ratos, si se quiere, peligrosamente moderno— sabe mostrarse atento, con acogida pareja, a la tradición fijada en el libro y a la revuelta pero vital experiencia de lo inmediato. Por una de sus cartas, algunos de cuyos párrafos trasegamos en estas líneas, sabemos la repartición de una jornada de Maquiavelo en el retiro de San Casciano. Luego de levantarse matinalmente, "con el sol", gustaba estarse atento, en el mismo predio, a la tarea de los leñadores. No molestado por el canto de las fuentes o el leve piar de los pájaros, en la también musical inflexión de aquellas colinas, Maquiavelo leía. Leía a Dante o a Petrarca, o trashojaba, en su texto, a los poetas y a los prosistas latinos. En la referida hostería cercana —cuando no jugaba a la morra, el itálico pasatiempo acriollado tiempo después en nuestros pagos—, le placía conversar con los modestos contertulios. "Oigo hablar de cosas varias y advierto los varios gustos y las varias fantasías de los hombres". Con sus allegados hogareños —"la mia brigata"—, comía muy sobriamente los alimentos que su parvo patrimonio comportaba. De nuevo en la hostería se recreaba conversando con sus relaciones del contorno; el huésped, un carnicero, un molinero, dos panaderos. Fácil es imaginar los giros, o los vocablos y los modismos, que Maquiavelo hubo de usufructuar en la simpática compañía. Con una pizca de señoril desdén alude a "questi pidocchi", pero reconoce que el coloquio con esos hombres le limpiaba el cerebro de moho, de *muffa*, según el pintoresco italianismo que luego habría de correrse trasoceánicamente hasta nuestra lunfardizante lengua de entrecasa; advierte con agradecida sorpresa la eficiencia catártica —que otros ahora digan psicoanalítica— de los desenfados del diálogo. Abastecido con la lectura de los grandes escritores del pasado y oreado en la audición del decir de las gentecillas, esa era la hora que el entonces vacante Secretario sabía favorable para escribir unas planas. Nunca lo hacía sin prestigiar la tarea con unos preparativos casi rituales. Más anticipado, pero sensiblemente mucho menos rico que el conde de Buffon, en esa inicial liturgia literaria Maquiavelo solía gastar un ceremonial parecido. Decimos esto porque a todos se nos acuerda aquello de los puños de encaje que el artificioso naturalista de Francia ceñía con invariable decoro cada vez que levantaba la pluma. Las precisiones de Maquiavelo nos resultan encantadoras: "Llegada la noche torno a casa, y entro en mi escritorio, y ya a la entrada me despojo de mi túnica cotidiana, llena de fango y de lodo, y me pongo paños reales y curiales, y revestido condecentemente, entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde, por ellos recibido amorosamente, me apaciento con aquel alimento que es *solum* mío, y para el cual he nacido. Donde no me avergüenzo de hablar con ellos y de preguntarles el motivo de sus acciones; y ellos a causa de su humanidad me responden; y durante cuatro horas no siento hastío alguno, olvido todo afán, no temo la pobreza, no me amedrenta la muerte; me transfiero totalmente a ellos". Luego de esto, queremos decir luego de esta plenaria transferencia, ¿qué mejor que tomar la pluma? Y así, servido por los magnos maestros del habla no menos que por los espontáneos maestros a veces dichosamente iletrados de la fresca parla diaria, Maquiavelo escribía. Y cómo.

Cuando al robusto y decoroso Carducci se le solicitaba una pauta para redactar según se debe, el lírico de las "Odas bárbaras" gustaba contestar con bienhumorado énfasis de profesor olímpico: "Leed los clásicos". Como escritor que conoce todos los hontanares del idioma, Maquiavelo se anticipó en varios siglos a la recomendación de Carducci. Pero Maquiavelo no desatendió por ello lo que en materia lingüística puede recibirse del pueblo cuando el pueblo no es vulgo. Salvo en escritos de corte ceremonioso, el léxico y el fraseo se le allanan sin chabacanería. Las formas de áurea prestancia literaria, latinizantes o de añeja prosapia florentina, marchan como de la mano, sintácticamente hablando, con las dicciones de todo el mundo. En lo que va del amedallado diseño aforístico de los discursos a la deslenguada suculencia coloquial de "La mandrágora" pocos son los escritores que como el autor de "El Príncipe" han logrado acreditar una obra de una tal latitud elocutiva. Narrativo, enunciativo, discursivo o campechano y conversado, ese estilo tan vario, y tan sobrio, traduce la leal unidad de un espíritu.

Admirativa o reacia, la posteridad del mismo Maquiavelo bien puede hoy, como queda insinuado, admitir lo evidente. Por su ejemplar aunque incómoda y peligrosa franqueza ésta, la del estilo, es la menos "maquiavélica" de las creaciones de Maquiavelo. Falta añadir que en el idioma, según el término lo indica, alienta la voz total en que las naciones o las comunidades lingüísticas dicen su alma y se proyectan hacia el ancho mundo. Para Maquiavelo, así lo asienta en el llamado "Discurso o diálogo en torno a nuestra lengua", toda transgresión expresiva configura un delito de lesa patria: supone, a veces en proporciones graves, un peligro, un desmedro, un empañamiento cuando menos de un rico caudal acrisolado con esfuerzo de siglos. ╪

Céline

Letras francesas

'Rigodon', de Céline

LA personalidad de Céline suscita apasionadas discusiones más allá de la tumba. Su mujer acaba de publicar *Rigodon* (1), obra póstuma de la cual afirma que ni ella ni el editor han cambiado una coma. Siete años han sido necesarios para hacer posible su aparición. Algunos días antes de su muerte, Céline había anunciado a Gaston Gallimard que los manuscritos estaban listos, luego de haber redactado una veintena de borradores. ¿Por qué, entonces, esa dilación de tantos años? Es un misterio más en el "caso" Céline. El autor ha dado origen a muchos otros durante su vida.

Céline. ¿Quién era Céline? Evidentemente se lo conoce muy mal teniendo en cuenta la pasión al rogo que su persona y su obra provocan. En 1932 el premio Goncourt otorgado a *Le voyage au bout de la nuit* origina un tumulto y la renuncia de uno de los miembros del jurado, León Daudet, quien, sin embargo, no temía el escándalo). La izquierda incensa al laureado; su libro, traducido al ruso por el poeta Aragon y su mujer Elsa Triolet, le rinde en la U.R.S.S. sustanciosos derechos de autor que debe ir a gastar a Rusia. Algunos años después se muestra ardientemente antisemita. Contra los judíos escribe un panfleto virulento (¿es que podía no ser excesivo?): *Bagatelles pour un massacre*, que los judíos consideran con razón como una incitación a los campos de concentración y a las deportaciones. Pero al respecto se afirma de buena fuente que Céline atendía como médico a judíos perseguidos... Algunos amigos hablan de la ternura profunda de su corazón, de su sensibilidad, de su patriotismo intransigente. ¿Y por qué no? El ser humano corriente es tan complejo, tan múltiple, que no hay que asombrarse si una personalidad tan notable, tan tumultuosa, y también genial, es inútil negarlo, ofrece el microcosmos de muchas contradicciones.

He dicho notable pero no he dicho amable. Por otra parte, las naturalezas excesivas y reivindicadoras no lo son nunca. El hombre Céline no atrae sino a muy raros amigos como Marcel Aymé o el pintor Dubuffet. En cuanto a la obra literaria, una de las más imaginativas, de las más truculentas y características de nuestra época, se presenta como un temblor de tierra, una erupción volcánica. Esos flagelos naturales jamás han conmovido. El horror sagrado que su sismo provoca se expresa difícilmente y sus consecuencias (los que han estado en Pompeya o han visto los hornos de exterminio me comprenderán) parecen escapar a la descripción. Céline es esto: el cataclismo y la cotidianidad más vulgar, más grosera, más obscena. Se tiene la sensación de que le arrancan a uno la piel. En ciertas esculturas o frescos de la Edad Media, en ciertas "danzas macabras" se podría hallar un parentesco cierto con la inspiración de Céline y su expresión tiene el verdor que un Villon o un Rabelais tenían en otro tiempo. Sin embargo, este "argot" no puede detener verdaderamente al lector, pues no se lo emplea de modo esotérico. Pero Céline ha distorsionado la sintaxis de tal manera que ello es posible. La truculencia de ese lenguaje cotidiano es muy desconcertante. Hay que aceptar también la sarta interminable de palabras sucias y la multiplicación de las imágenes desagradables. Es la vida, se dirá. Muchos dirán que la vida basta en ese sentido.

Pero el hecho es que Céline, al maltratar la lengua ha obtenido de ella una "musiquita", como él decía, o más bien ha esbozado una caricatura de ella, una caricatura del francés y de los franceses. Pero la caricatura es un arte, un arte difícil y percuciente; revela rasgos esenciales para corregir o para acentuar. Negar al caricaturista el lugar que merece sería afirmar que los retratos deben ser como los de Greuze o Gainsborough. Negar a Céline el derecho de expresar su visión del mundo tal como lo entiende, equivaldría a vaciar toda la literatura en el mismo molde. No creo que nadie lo haya pretendido nunca. Esto establecido, es también evidente que el lector tiene el derecho de voto igualmente, de opinión y de elección. Y de crítica.

Es innegable que Céline no se excluye del juicio que él daba sobre sus contemporáneos: "La raza es solamente un gran montón de miserables, en mi género, de lagañosos, pulgosos, muertos de frío". Confiesa que ha hecho todo lo necesario para justificar el ostracismo que lo había castigado. Pero no creo que eso sea un "mea culpa" por faltas sino una constancia de errores.

Antes de escribir *Le voyage au bout de la nuit*, Céline, con su verdadero nombre, Louis-Ferdinand Destouches, había recibido su doctorado gracias a una tesis sobre *La vie et l' oeuvre de Philippe Ignace Semmelweis*. En esta obra el futuro Céline subraya la rebelión creadora, benéfica, contra su medio, de padre de la asepsia moderna que termina por imponer al precio de una lucha agotadora los métodos de profilaxis que nos parecen tan evidentes hoy. Es ese culto de la rebelión lo que encontramos en toda la obra de Céline. Ella barría, barre sin discriminación la tolerancia y la hipocresía, las creencias y los prejuicios, las convicciones y los conformismos. "Céline era así. La tempestad, la inundación, la ruptura de una alcantarilla, son los que son: indomables. Imposible limitarlos a sus aspectos favorables", afirma uno de los más fervientes admiradores de Céline, Jean-Louis Bory, cuya devoción perdura a pesar de todas las razones que reconoce en contra. No sólo fervor sino afecto y admiración profundas en el caso del pintor Dubuffet. En su libro *Prospectus et écrits suivants* (2) nos dice que el autor de *Rigodon* es el único escritor que ha realizado una verdadera revolución en las letras. "La literatura está atrasada en cien años con respecto a la pintura... La pintura ha hecho su revolución; la literatura —Céline aparte— no ha realizado la suya... Para quien no sea un advertido especialista, una página contemporánea podría ser muy fácilmente atribuida a Voltaire o a Descartes... La forma de la pintura ha cambiado totalmente; la de la escritura ha seguido siendo la misma... En el empleo magistral que hace Céline de los vocablos, éstos no funcionan para aportar el sentido propio que comportan (pues) lo esencial se halla manifestado sin ser formulado (...) Lo implícito es quizá el recurso que caracteriza el arte. Nadie ha empleado jamás, creo, lo implícito como lo ha hecho Céline".

Rigodon cuenta la huida del autor y de su mujer a través de Alemania hasta Dinamarca; en Copenhague estuvo en la cárcel durante dos años y luego fue liberado; durante cinco años vivió en pleno bosque. Este libro no descorrerá el velo que rodea la verdadera personalidad de Céline, no sacará la máscara con la cual le gustaba cubrir su rostro frecuentemente. A pesar de la afirmación de su mujer y de sus amigos, la violencia de sus libros no parece hallar su fuente en una ternura herida, en una sed de justicia. Esta obra, fenómeno literario catalizador, panfleto furioso, no deja filtrar las razones profundas y desinteresadas de un Bloy, de un Agrippa d'Aubigny, de un Bernanos. La rebelión de éstos es verdad que nos desconcierta menos, pues su lengua no había roto los diques, reivindicación en profundidad, de tal modo había conservado una superficie interpretable.

¿Al escribir para la juventud será Céline uno de los profetas de esta rebelión intelectual que resuena un poco por todas partes y que demuele en los cuatro puntos cardinales? Pero no vemos por ahora lo que nos dará en cambio de lo que quiere destruir. Lo que nos dé al menos que ayude a construir un mundo nuevo, ese mundo que Céline, según *Rigodon*, según *Le voyage au bout de la nuit*, perseguía. ≠

Claude Pierre-Utard

(1) Céline, *Rigodon*, Ed. Gallimard.

(2) Dubuffet, *Prospectus et écrits suivants*, II. Ed. Gallimard.

Escrito por las piedras

Para LA NACION **Por Severo Sarduy** PARIS, 1969

Interior de la Catedral de Granada

DESDE la victoria de los Reyes Católicos contra los moros hasta el apogeo de Felipe II, la arquitectura castellana y andaluza despliega toda una red de estilos y de formas. A lo largo de ese siglo y medio (segunda mitad del XV y totalidad del XVI), el "dominio castellano" —limitado por dos líneas paralelas: una que va de Bilbao a Alicante y la otra de Compostela a Cádiz— resulta el terreno de una compleja transición: si la primera mitad del siglo XV se presenta como el reino exclusivo del gótico, el XVII será ya el del clasicismo y el barroco.

¿Cómo tiene lugar ese pasaje? ¿Qué hay originariamente en la base de estos dos estilos opuestos: el clásico español, económico hasta el ascetismo, y el barroco, vértigo de la proliferación y de la abundancia? ¿Cómo descubrir en este laberinto de fachadas, capillas funerarias, patios, residencias, escuelas y hospitales una línea continua, una evolución, un "espíritu de continuación", si la autonomía de un estilo queda siempre rota por la intrusión o el reflejo de otro? En el conglomerado de reinos reunidos alrededor de Castilla van a coexistir, en esta época, por lo menos tres o cuatro grandes estilos: el gótico da lugar a dos interpretaciones, por una parte lo que se llama el estilo Reyes Católicos —un estilo flamígero un tanto recargado, marcado por los símbolos de la realeza— y, por otra parte, una derivación tardía, la de Salamanca y Segovia, un gótico "internacional" aplicado sin mucha convicción. Al mismo tiempo el Renacimiento italiano impone sus formas nuevas y éstas van a sintetizarse tanto como las del gótico en sus dos versiones y como las del mudéjar —supervivencia del espíritu árabe— para dar lo que se conoce con el nombre de plateresco. Finalmente, la introducción del gusto italiano producirá algunas obras clásicas como la catedral de Granada y, sobre todo, El Escorial.

Ahora bien; este siglo y medio de confusión o de síntesis es —para Damián Bayón (*)— el gran momento de la arquitectura española. El siglo XVII, al lado de este despliegue inventivo, de esta gran mezcla de gramáticas, le parece "ciertamente menos considerable": el clasicismo entre las manos de los discípulos de Herrera, arquitecto de El Escorial, se hará un estilo soso; el barroco se convertirá en un efecto ornamental, "decoración pegada", a menudo estática e inexpresiva.

ESCRITURA Y PROPIEDAD

Ya vemos el problema de querer circunscribir este conjunto de formas. Para dominarlo, Bayón ha recurrido a un criterio nuevo. Ni la simple cronología, en la que "las grandes líneas que podrían dibujarse se borran en una polvareda de meros datos"; ni tampoco las escuelas, cuyo inventario nos lleva necesariamente a un juicio ecléctico o a la noción de mundos incomunicados entre sí; menos aún la biografía de los artistas, empresa particularmente difícil en España, donde la personalidad y la evolución de los arquitectos se nos escapan y que nunca podrían explicar la obra "a través de los avatares de una vida". Para Bayón esta superposición inextricable de motivos, de prácticas y proyectos hay que captarla a partir de su programa, es decir, de hecho, del "encargo". Se podría, pues, desde ese momento, decir que se trata de una *escritura*. Una escritura íntimamente ligada al sentido de la *propiedad* y que le sirve de caución; una escritura cuyo repertorio técnico está destinado a perpetuar el poder de quienes la han dictado por medio de los encargos: "La simbiosis que así se produce, fuertemente condimentada de escudos, leyendas grabadas, águilas y toda suerte de alusiones simbólicas a los Reyes y a la toma de Granada, hace, de un simple estilo arquitectónico, un verdadero *texto de propaganda* que canta la gloria de aquellos que lo han promovido".

Obsesionados por la instauración de la unidad, por el poder y, un poco como los soberanos egipcios, por la vida eterna —eso era lo que se quería significar por medio del texto arquitectónico—, persuadidos que España llegaría a ser, como resultado de la unificación, la primera potencia de la época, los Reyes Católicos se apresuraron a "vestir" los monumentos ya existentes y a construir otros cuyo repertorio decorativo debía *decir* la empresa real. Por supuesto que esta retórica arquitectónica —no es casualidad que en esta segunda mitad del siglo XVI nazcan en 1561, Góngora, y en 1580, Quevedo— tenga su línea de fuerza en la *hipérbole*, soporte de todo el barroco. El estilo directo, el "grado cero" de la arquitectura queda abolido en esta empresa de significación del poder. Se cuenta que ante la versión apenas discreta de una iglesia de Toledo —demolida más tarde— la reina exclamó descontenta: "¡Esta nonada me avedes fecho aquí!"

La noción de texto que Bayón propone en su libro implica, como un escrito literario, la noción de un *desciframiento*. Este desciframiento, en el sentido ornamental de la arquitectura castellana, remitiría por el juego de las oposiciones— imagen codificada del blasón, énfasis de la hipérbole, ascetismo de la elipsis— a un texto siempre igual a sí mismo: el poder real.

EL YUGO Y LAS FLECHAS

En cada fundación vemos repetirse hasta la monotonía la F de Fernando y la Y de Isabel (que se escribía entonces con Y): el yugo y las flechas. He aquí un ejemplo de lectura tomado del historiador Pedro Aguado Bleye: "El yugo es el de Don Fernando, y por su primera letra, Y, alude a Isabel; las flechas son de Isabel, y por su primera inicial, F, aluden a Fernando". Otro símbolo: el nudo gordiano y la divisa *Tanto monta* de Fernando, debían sugerir una identificación del Rey Católico con Alejandro Magno, quien al decidir cortar el nudo que unía el yugo al timón del carro del rey Gordios habría pronunciado estas propias palabras: *Tanto monta* (subentendido: tanto monta cortar como deshacer.)

Pero la lectura no debe detenerse al nivel patente de los símbolos —del desciframiento heráldico—: es necesario que esa lectura se aplique al nivel de las *funciones*. Así, la catedral de Granada, que es para Damián Bayón el monumento más importante del Renacimiento español, ha sido siempre considerada como el producto de una "planta compuesta", pensada en gótico y "disfrazada" en Renacimiento; o bien como el "injerto" de un coro en forma de capilla circular— tambor rematado en cúpula— sobre planta basilical a cinco naves.

Ahora bien; el injerto del coro practicado por Siloe responde a una función precisa en la que se resumen todos los sentidos del gran edificio. En las iglesias tradicionales, en cruz latina, la cúpula se forma "naturalmente" en el encuentro de la nave principal y del crucero. ¿Dónde colocar entonces el altar mayor? ¿Bajo el centro mismo de la cúpula, o bien haciéndolo retroceder hasta el fondo de la iglesia? En la solución de Siloe, la capilla injertada constituye, en sí misma, un *sancta sanctorum* centrado y coherente: queda de ese modo incorporada la señal de la Encarnación y la presencia de Dios en las Especies, según ese movimiento de la época que escapa a la "mariolatría" de la Edad Media. Hay más: la capilla injertada recuerda singularmente, por su planta, al Santo Sepulcro de Jerusalén; constituyendo este hecho mismo aun otro rasgo de su función, ya que estaba destinada a recibir los despojos mortales de la dinastía. En fin, la capilla circular desemboca en la basílica a través de un colosal arco de triunfo: estamos en la época de Carlos V. ¿Cómo no "leer", bajo la inocencia decorativa de este arco, una alusión al Imperio romano?

Así, una catedral que resulta "compuesta" desde el punto de vista de los estilos, adquiere sentido y unidad cuando descubrimos en ella el punto de encuentro de tres funciones: el culto de la Encarnación, la celebración del triunfo imperial y la garantía dinástica de los fundadores. Hasta el emplazamiento constituye en este caso un mensaje suplementario. Los Reyes Católicos habían querido marcar a Granada —después de haber sembrado por España sus presuntas capillas funerarias— haciéndola depositaria de sus despojos mortales. Del mismo modo, sus descendientes querían afirmar, a su vez, su presencia en el último bastión conquistado a los "infieles", señalando de paso la eternidad de su poder.

LAS MUÑECAS RUSAS DE EL ESCORIAL

Lo mismo ocurre con El Escorial, cuyas funciones encajan una dentro de otra como las muñecas rusas. Felipe II concibió, ante todo, el edificio como un *Templo a la Victoria*, victoria acaecida el día de San Lorenzo (la "parrilla" que dibuja su planta sería, como es sabido, un símbolo del martirio del santo; para Ortega y Gasset hay que entender el problema a la inversa: Felipe II habría visto en la planta en forma de parrilla una alusión que lo inducía a evocar el martirio de ese santo). Pero un templo "a la antigua" implica algo de pagano; había pues que atemperarlo con la noción de iglesia. Iglesia y monasterio fueron atribuidos a la orden de los jerónimos, preferida de los Reyes Católicos y de Carlos V: se señalaba así la persistencia de la dinastía y se marcaba la garantía del pasado. Tercer elemento: en la cripta se construía el panteón real destinado a los futuros soberanos. Todo ello constituye un imponente conjunto, un edificio "a gran programa". También se lo dota de un palacio, aunque de tal modestia, que bien puede llamarse la *casa del rey*. Este juego de interpretaciones permite hacer de ese edificio —al nivel simbólico— una verdadera "declaración de principios" extremadamente completa: la vida y la muerte, los poderes temporal y espiritual, el pasado, el presente y el porvenir, todo resulta legible, todo forma un sistema de relaciones que se inscribe en la piedra "como un dogma político y religioso encarnado".

El libro de Damián Bayón pone de relieve lo que nos resulta difícil pensar con respecto a ciertas formas de arte; el hecho de que obedecen a un programa y que su dimensión estética resulta totalmente connotada por una intención. El arte español, del cual van a salir tanto el clásico como el barroco, tiene un rasgo común con el arte romano de la época imperial: la preocupación de la eficacia y de la propaganda que hace de ellos verdaderos portavoces.

La paradoja es que esas artes con *programa* cuentan entre aquellas en que la invención formal es más intensa, proporcionando, además, la apasionante oportunidad de observar la curva que trazan las *figuras* del discurso alrededor de lo que ese discurso trata de afirmar. ≠

(*) Damián Bayón: *L'architecture en Castille au XVIe siècle, commande et réalisations*. Collection Le signe de l'art, Editions Klincksieck, Paris, 1967.

Quinto centenario de Maquiavelo (1469-1969)

(CONTINUACION DE LA PAGINA 1)

tino, pese a la riqueza y variedad humana de la ejemplificación que brinda, ha sido enunciado en escasos axiomas esenciales: "Divide et impera", "Fac et excusa", "Oderint dum metuant"... Fácil es ver que todos ellos son anteriores a la vida y a la obra de aquél a quien se le achacan.

En efecto, el "divide para dominar" ha sido atribuído a Filipo de Macedonia (siglo IV antes de Cristo); "hazlo y el acto servirá de excusa", es viejo proverbio, puesto en práctica por Segismundo, en la escena 5 de la segunda jornada de "La vida es sueño", quien al acto de violencia justifica con un triunfal "¡Vive Dios que pudo ser!"; "que me odien, pero que me teman", figura ya en los "De officilis", lib. 1, cap. 28.

Otro tanto podría decirse de la secuela que de estos axiomas contienen las obras del secretario florentino.

¿Por qué endilgarle entonces lo que jamás pudo aplicar por sí mismo ni aducir por la propia cuenta?

La Florencia en que le tocó vivir a Maquiavelo era la "Ciudad-Estado" a la cual Renan declara heredera de la irradiación de Atenas y que tuvo habitualmente a los Médicis por gobernantes.

Era una potencia a la vez financiera e industrial, un centro artístico y literario incomparable, pero era también un estado sin instituciones permanentes.

Para tener idea de la fugacidad de las bases de gobierno basta con leer en las "Storie" el anuncio frecuente de que se está en vísperas de "riformare lo stato della città" o recordar que, en cuestión de "provvedimenti", era voz corriente la de: "ch'a mezzo novembre non giugne quel che tu d'ottobre fili".

Inseguridad legal que traía aparejada una inquietud constante en el ejercicio del poder, siempre en vísperas de revolución o de tiranía y a la merced de golpes de fuerza o de atentados criminales.

Un espejismo retrospectivo nos hace suponer al autor de "El Príncipe" tan importante en vida como lo ha resultado después de muerto por la difusión de sus obras. No hubo tal cosa, aunque no se acepte íntegramente el resumen despectivo que de la carrera de Maquiavelo traza Oriani.

Recordémosla brevemente. El 15 de junio de 1498 era elegido Nicolás Maquiavelo, de entre cinco postulantes, secretario de la república de Florencia por el Gran Consejo. Como lo dice Prezzolini, "entraba Maquiavelo en la vida pública de su país por la escalera de servicio... Diariamente, ese empleado modesto subía los angostos escalones de la Señoría llevando en un esportillo las provisiones de boca que acababa de comprar al pasar por el mercado. Con menos pago que los demás secretarios, trabajaba en invierno en amplia y fría habitación apenas entibiada por débil estufilla".

Un cuadro de Stefano Ussi, en la "Galería de arte moderno", de Roma, representa a Maquiavelo en un ambiente de trabajo y de lujo, que solamente en parte fue suyo. Escribe sobre mesa cubierta por rica carpeta, rodeado de libros, cortinados y sentado en sillón señorial. Ha suspendido un momento la tarea habitual de lectura y de consulta, con expresión hondamente reflexiva y lleva la mano derecha, que aún retiene los labios como para refrenar a tiempo todo lo que podría desbordarse de éstos o para que ellos carguen de verdad histórica y de videncia profética la pluma que parecen sostener entre los dientes.

Es el rasgo más feliz del cuadro y, quizás también, el más verdadero.

El campo especulativo de este patriota obsesionado por las grandezas clásicas corresponde en la realidad histórica del momento a lo que en 1510 y ante el emisario Trevisano, llamaba orgullosamente Julio II "il giuoco del mondo", el juego mundial en el que las piezas son reyes, príncipes y Estados. El ajedrez era el juego de mesa y de ejercitación en el que tenían que pensar lo que escuchaban la frase de Giuliano della Rovere, el terrible Julio II, que tiranizó a Miguel Angel y tomaba ciudades recubiertas de casco y coraza guerreros.

En la política, como en el juego ciencia, hay aptitudes diversas. Más a menudo observando el juego ajeno que moviendo las piezas vense a los analizadores de movidas de otros y estudiosos de variantes, que son infalibles mientras no tienen ocasión de estrenarlas frente a contendiente de igual y aún menor categoría que la propia, caso en el cual suelen mostrarse en curiosa inhibición psicológica que los hace derrotar por los grandes jugadores instintivos y geniales, a los que en la política se llama hombres de acción o caudillos de masas.

Oriani lleva su ensañamiento en citar las pruebas de la ineptitud práctica de Maquiavelo hasta recordar el fracaso de la pericia militar que se atribuía en presencia de Juan de las Bandas Negras. Es la anécdota contada burlonamente por Bandello en la premisa o "Premessa" antepuesta por el dominicano al relato XL de la primera parte de sus "Novelle". El incidente es a la vez chusco y lamentable, pues sirvió para poner en ridículo a un hombre superior, cosa siempre grata a los que nunca rayan espiritualmente a esa altura.

Cuéntase allí como Maquiavelo quiso lucirse como hombre de guerra nada menos que ante Juan de las Bandas Negras. Para demostrar su pericia maniobradora pidió ensayar evoluciones de nuevo estilo y singular eficacia, solicitando para ello algunos soldados, inmediatamente concedidos por el "condotiero". Nuestro teorizador ordenó a su modo, de viva voz, lo que había escrito en su "Arte della Guerra" una y más veces, sin lograr otra cosa que desconcertar primero e irritar a la larga a los hombres de oficio no literario que habían puesto a su disposición. Pasaba inútilmente el tiempo y la hora de la comida llegaba para todos. Juan de las Bandas Negras no había escrito ningún tratado de estrategia, pero la conocía a fondo: llamó a un tambor y con breves y claras frases, no ciceronianas sino soldadescas, consiguió en contados instantes las evoluciones que Maquiavelo había procurado en vano.

En la política también más de una vez ocurrióle algo parecido al autor de "El Príncipe".

Prezzolini reproduce, en capítulo tristemente titulado "Post Res Perditas", el acta del Consejo Mayor de Florencia correspondiente al día 10 de junio de 1527, en que se puso a votación por última vez el nombramiento de Nicolás Maquiavelo como secretario de la república de Florencia.

Lo que en ese momento se juzga no es una designación incidental, sino toda la vida y el prestigio cívico del candidato. Sobre 567 votos, sólo aparecen 12 favorables, los otros 555 son rotundamente contrarios, basados algunos en curiosos defectos: "La patria necesita hombres de confianza y no hombres inteligentes... Lo que puede aceptarse en la historia, no debe admitirse en el gobierno del Estado"... "No se puede tener confianza en un intelectual y Maquiavelo es un intelectual"... "Con su eterna sonrisa, parece creerse superior a los demás. Esa altivez no es de un buen republicano, ni de un buen demócrata, ni de un buen ciudadano"... "Descifraba viejos libros"... "No queremos filósofos" (¡mueran los filósofos!)..."

El único que se atrevió a defender al candidato Nicolás Maquiavelo se llamaba Luigi Alamanni, e intentó hacer oír estas razones que nadie rebatió con pruebas de ninguna especie: "Maquiavelo ha querido el bien de la patria, conoce los asuntos políticos mejor que nadie, y los años que ha pasado en el Palacio del Consejo han sido bien empleados. Si es bien recibido por extranjeros, tanto mejor; sus intervenciones serán más eficaces para la república. Por último, es un caballero que ha salido con las manos limpias de todos sus empleos..."

Todos estos méritos, indiscutidos e indiscutibles, le valieron al que los poseía un puñadito de 12 habas blancas en favor de Nicolás Maquiavelo, contra 555 negras rechazándolo.

El secretario electo en lugar del autor de "El Príncipe" se llamaba Francesco Tarugi. ¿Sabe alguno de ustedes quién fue ese candidato victorioso?

Antes de esta elección fracasada y contribuyendo no poco a la misma, Maquiavelo había acompañado la tentativa republicana de Soderini y asistido a la restauración de los Médicis, que lo alejan de Florencia, lo encarcelan, atormentan y terminan por relegarlo al "Albergaccio", en situación de extrema penuria.

En su mísera residencia, rodeado de familia reducida a la mayor pobreza, busca algún solaz casi rural en la hostería de San Casciano.

Terminada su jornada de destierro, cambiaba Maquiavelo su sórdida vestimenta diaria por sus mejores galas, subía a la habitación del piso superior y se ponía a escribir en la actitud meditabunda y severa en que lo representa el cuadro de Stefano Ussi. Una escritora italiana, María Brandon-Albini, resume así la inspiración del rechazado por la vida pública de su país: "Compara la Italia dividida, abúlica y moralmente esclava, con Francia, España, Inglaterra, Holanda; comprendía que la fuerza de esos países estaba en su unidad... Y solamente esa unidad, realizada por qué medios, sea cual fuere el jefe, sería el único remedio que oponer a los ejércitos extranjeros que la dividen y esclavizan..." ("La Cultura Italiana", p. 97).

En nuestros días, por las admiraciones comprometedoras que ha suscitado y por la incomprensión que sigue persiguiéndolo, continúa corriendo en el público grueso la especie lamentada por Francesco de Sanctis como resultado del homenaje de 1869.

Contienen otros elementos de juicio sus mejores escritos y en ellos se expresa, aunque fragmentariamente, el verdadero pensamiento del publicista florentino. Uno de ellos dice: "Allí donde está en juego la salvación de la patria, no cabe cavilosidad alguna sobre lo justo o lo injusto, sobre lo que es cruel o piadoso, glorioso o ignoble; sino que corresponde dejar de lado cualquiera otra consideración y abrazar el partido que salva la patria y conserva la libertad" (Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio, lib. 111, 41).

Esta declaración de su correspondencia a Francisco Guicciardini, dos meses antes de morir: "Amo a mi patria, messer Guicciardini, amo a mi patria más que a mi alma" (abril 16 de 1527).

Al cumplirse este quinto centenario de Maquiavelo, ¿podrá considerarse revocado el proceso condenatorio que persigue a su memoria?

De creerse a Louis de Villefosse: "Todo esto demuestra que todavía en nuestros días el autor de «El Príncipe» sigue siendo considerado por algunos como escritor pernicioso si no diabólico" ("Machiavel et nous", 1937, p. 183).

Con aquellas exhortaciones supremas, la primera doctrinaria y patriótica, en el comentario sobre Livio; la segunda, vehemente y personal, en la carta a Guicciardini, se comprende que el famosísimo libro "El Príncipe" termine en el cap. XXVI con la mayor aspiración del autor: "Esortazione a pigliare la Italia, e libertarla dalle mani de' barbari", es decir: "Exhortación a unificar Italia y arrancarla de manos de los extranjeros".

Recordemos que en nuestro país el esclarecimiento de la personalidad de Maquiavelo ha tenido, entre otros, un propulsor eficaz y talentoso, don Mariano de Vedia y Mitre, historiador ilustre y escritor de amplia cultura, que dirigió un seminario sobre el autor de "El Príncipe", en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y escribió páginas medulosas sobre el mismo en su "Historia de las ideas políticas".

Entre los recuerdos suscitados por la proyección de esta personalidad de Maquiavelo, objeto de estas líneas, no pueden faltar las citas que lo mencionan como a una sombra. En tal caso, ninguna nos parecería tan oportuna, en ocasiones revisionistas como ésta, no escrita ciertamente para Maquiavelo ni en nuestros tiempos, sino verso de Lucano y en su "Farsalia": "Stat magni umbra", es decir, "la sombra de un gran nombre".

Y en este caso, como en todos los monumentos dejados a la luz discrecional de la posteridad y de las fluctuaciones del reconocimiento humano, esa sombra de un nombre ilustre se agranda y extiende, o se deforma y empequeñece según la dirección y la altura en que ha sabido colocarse el que la contempla. ≠

Premio Literario del Centenario de LA NACION

novela inédita

$ 1.000.000

El jurado

Los originales serán considerados por el jurado permanente, que integran Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Carmen Gándara, Eduardo Mallea y Leonidas de Vedia.

Disposiciones

1) El Premio Literario del Centenario de LA NACION será otorgado a la mejor novela inédita. El tema es libre.

2) Podrán intervenir en el concurso escritores radicados en cualquier país. Las obras deberán estar escritas en castellano.

3) El plazo de admisión de los trabajos terminará el 4 de enero de 1970, día en que LA NACION cumple su centenario.

4) La decisión del jurado se dará a conocer el 15 de octubre del año próximo, fecha de la publicación —en 1847— de la obra "Soledad", de Mitre, como permanente homenaje a su memoria.

5) El premio —un millón de pesos— será entregado en LA NACION en el curso del mes de noviembre del año próximo.

6) El premio podrá ser declarado desierto, y en ese caso el importe se destinará a otro premio del año siguiente.

7) LA NACION se reserva el derecho de publicar en el diario, total o parcialmente, el trabajo premiado, en un plazo que no excederá de los diez meses desde la adjudicación del premio, y en ese período el autor no podrá hacer uso de la obra presentada y premiada en este concurso.

8) Los originales deberán ser firmados con seudónimo, y en sobre aparte, cerrado y lacrado, se consignarán el nombre y el domicilio del autor, la ciudad en que reside y el país. En la parte exterior del sobre que contenga estos datos se escribirá el seudónimo solamente. Es indispensable dar fiel cumplimiento a estas disposiciones.

9) Las obras deberán ser enviadas en cinco copias a máquina y escritas en una sola cara del papel a dos espacios, a nombre de "Premio Literario del Centenario de LA NACION". San Martín 344, Buenos Aires, República Argentina.

10) Los trabajos no premiados y los respectivos sobres podrán ser retirados por los autores dentro de los 90 días de conocido el fallo. Después no habrá derecho a reclamación.

Visión parcial de un gran escritor

"Genio y figura de Leopoldo Lugones"

Por Julio Irazusta

(Eudeba)

DOS cosas pueden afirmarse resueltamente acerca de Leopoldo Lugones: que fue ante todo y en grado eminente un escritor y que su pensamiento nunca se ajustó por entero a ninguna ideología. Es evidente también que dentro de la literatura argentina tiene una magnitud mucho mayor que la que podría atribuírsele como pensador en una historia de las ideas políticas. Si en una semblanza del poeta se subraya este aspecto (interesante, sin duda), aunque más no sea que con la misma insistencia que el primero, "el genio y la figura" de Lugones resultan deformados.

Es lo que ocurre en el libro que el historiador Julio Irazusta ha escrito para la colección Genio y Figura, de Eudeba. Llevado por su propia vocación y por su propia especialidad, al mismo tiempo que por sus propias ideas, Irazusta se demora en ese aspecto parcial de la rica personalidad de Lugones, acaso el que el autor apreció más directamente en su relación con el poeta, pero no el más importante, por cierto. Reconoce que Lugones, inubicable políticamente, recorrió casi todos los matices ideológicos y que a ellos dispensó entusiasmos y fobias. "El pagano y el cristiano —escribe Irazusta—, el socialista internacional sin patria y el argentino neto, el avanzado y el tradicionalista, el enemigo del militarismo y el férvido admirador de las epopeyas redentoras (como la argentina), el denostador de la obra de España en América y el hidalgo orgulloso de sus blasones de descendiente de conquistadores, el favorito de la oligarquía liberal que lo mimará y lo aplaudirá, pese a sus desplantes libertarios, y el renovador de nociones acerca del pasado aborigen se alternan o se complementan en su obra con soberano despliegue de pensamiento libre".

¿Qué muestra esta constante variación, esta insatisfacción constante sino la carencia de ese sentido práctico y realista que caracteriza a los políticos, tanto en el pensamiento como en la actividad? Lugones, reconoce el historiador autor de este libro, fracasó en filosofía política, a pesar de ser "el argentino mejor preparado para esbozar las líneas generales de un programa orientador"; "las dificultades de su carrera le impidieron a Lugones procurárnoslo".

¿Y el poeta, el imaginativo, el enamorado del idioma, el ansioso de saber? ¿Y el hombre en genio y figura? Acaso Irazusta los dé por supuestos. Toca esos puntos, naturalmente, pero ellos no se imponen al lector con su verdadero significado. Quien no tuviera conocimiento previo del personaje y de la trascendencia de su obra de poeta y de prosista dentro de nuestra literatura (un extranjero, por ejemplo) podría inferir de la lectura de este libro que Lugones fue un político fracasado que escribió muchos volúmenes en prosa y en verso. Las referencias a la obra literaria de Lugones culminan en esta conclusión: "No estamos seguros de que haya dejado versos aislados, de esos que están por sí mismos siempre luminosos a los ojos de la humanidad. Pero al revés de lo que ocurrió en la práctica, debido a su fracaso en filosofía política, los modelos que nos legó de verso y prosa impecables volvieron imposible la mínima regresión literaria después de su presencia entre nosotros". Juicio que se limita a reconocer solamente el valor histórico de ese vasto conjunto.

Las apreciaciones de Irazusta son poco rigurosas y a veces contradictorias. Insiste en la envejecida distinción entre forma y contenido, útil a veces en la enseñanza, pero inaceptable al valorar el estilo de un gran escritor, en el cual no cabe tal división. Para el historiador los primeros libros poemáticos de Lugones no son sino "remedo de lo europeo", en tanto que a partir de las Odas seculares "se ha despojado totalmente de toda preocupación parásita (!) por la forma en sí". Al referirse a La guerra gaucha anota que no se puede dejar de pensar en el artificio con que fueron trabajados sus relatos, "para mal de la literatura argentina y de la fama del autor". Párrafos después añade que "allí está la cumbre de la literatura lugoniana, su libro en prosa mejor logrado, en el que por sobre los ejercicios retóricos (!) (de los que no podía abstenerse) hay una pasión, una identificación total entre el escritor y su tema, una verdadera creación poética..." Y afirma finalmente que "de haber escrito Lugones La guerra gaucha en el estilo de El imperio jesuítico nos habría dejado su obra más perfecta". Claro que en tal caso La guerra gaucha no sería La guerra gaucha, sino otra obra: la que hubiera aceptado Irazusta. Su juicio, por lo tanto, es definitivamente negativo, a pesar del afán de panegirista.

Si una excesiva preocupación ideológica rompe la armonía de la imagen de Lugones, un deficiente manejo de los conceptos literarios disminuye la apreciación de una obra que, si no llegó a alcanzar "fama universal", como sugiere el autor con evidente hipérbole, es dentro de la literatura en lengua castellana un monumento verbal válido por sí mismo y el testimonio del artista contradictorio, disconforme y torturado cuyo genio y cuya figura quedan aún por desentrañar. ≠

Jorge Cruz

La literatura en el mundo

EL Premio Biblioteca Breve 1969 ha sido otorgado al novelista español Juan Benet por su obra titulada Una meditación. Entre las novelas seleccionadas —además de España, Venezuela, Paraguay, República Dominicana, Colombia, Uruguay y México— figuraban tres de la Argentina: Persecución, desfloramiento y multiplicación de la bella Ofelia, de Tupac Amaru; Barrabás no entiende un pito, de Ignacio Díaz, y Línea blanca, de Andrés Mercer. El jurado estuvo formado por Carlos Barral, José María Castellet, Salvador Clotas, Juan García Hortelano y Gabriel García Márquez.

◇

Varias obras de autores norteamericanos anuncia Sudamericana: Una vida larga y feliz, de Reynolds Price (nacido en 1933 y actualmente profesor de la Universidad de Duke); Delicado equilibrio, la famosa obra de Edward Albee, y Nueve cuentos, de J. D. Salinger.

◇

Un homenaje tributado en París a Gabriel Marcel ha señalado el comienzo de los que se le dedicarán con motivo de cumplir el próximo otoño ochenta años. En el acto hablaron Mme. M. M. Davy, el padre Tillette, que se refirió al "Orfismo cristiano del filósofo"; J. de Bourbon-Busset, que examinó el sentido de las relaciones interpersonales entre el filósofo y el dramaturgo; Henri Gouhier, quien se interrogó a su vez sobre la condición del "filósofo-dramaturgo", y, finalmente, Pierre-Henri Simon, quien recordó la amistad que lo ha unido a Marcel durante casi cuarenta años, y concluyó agradeciéndole haber justificado con su vida y su persona los valores que dan a la vida su sentido y su dignidad. El filósofo francés expresó su reconocimiento al término por las palabras a él dedicadas y dijo que la defensa del hombre es la tarea urgente de nuestros días.

En Londres ha aparecido London end, secuencia de The image men, de J. B. Priestley, sátira de la industria de las relaciones públicas, cuyos protagonistas son dos promotores del Institute of Social Imagistics situado en el West End londinense. Lo ha editado la casa Heinemann

◇

Penguin Books ha publicado Poetry of the Forties, con introducción y selección de Robin Skelton, gran conocedor de la poesía inglesa posterior a 1940 y poeta él mismo. La guerra mundial que domina la mitad de ese período influye en gran medida sobre todos los poetas europeos de entonces. Después de la guerra, como lo señala Skelton en su introducción, hubo una reacción en favor de un "nuevo romanticismo", más interesado en los arquetípicos mitos a través de los cuales el individuo ha tratado siempre de reconciliarse con el misterio de la vida. Dylan Thomas, David Gascoyne y Vernon Watkins fueron acaso los más celebrados de los poetas de los años 40.

◇

La Nuova Italia difunde en la colección Il Castoro una serie de monografías críticas sobre escritores contemporáneos. Han aparecido Dos Passos, de Bianca M. Tedeschini-Lalli; Pasternak, de Cesare G. De Michelis; Cardarelli, de Bruno Romani; Alvaro, de Domenico Cara; Pavese, de Gianni Venturi, y Montale, de Giuliano Manacorda.

◇

L'anno 2000 es un estudio de Herman Kahn y Anthony J. Wiener publicado por Il Saggiatore, de Alberto Mondadori, con los resultados de un estudio de "futurología" trazado por una comisión para el año 2000 creada al efecto y patrocinada por la Academy of Arts and Sciences. El libro acerca del mundo del mañana tuvo gran éxito en los Estados Unidos, donde apareció la edición original.

◇

En la serie Théâtre, Editions du Seuil incluye La passion du général Franco, de Armand Gatti, obra que el T.N.P. incluyó en su repertorio de la temporada 1968-1969 y fue prohibida por el gobierno francés por razones diplomáticas. La misma colección ha publicado de este autor francés, no conocido aún por el público de Buenos Aires, V comme Vietnam, Les treize soleils de la rue Saint-Blaise y La naissance.

"Páramo intemperie"

Por Inés Malinow

(Emecé)

"POEMAS de estrellas y vientos", 1949, y posteriormente "Las canciones de Anna Sao", 1955, "Tiempo deshabitado", 1958, y "Tal vez el amor", 1964, son algunos de los títulos de poemas de esta autora que ha abordado también la novela, el ensayo y el teatro infantil.

El contenido lírico de "Páramo intemperie" parece señalar una nueva etapa en la producción de Inés Malinow. La preside un tono coloquial que traduce una serena experiencia de amor y vida: "Haces del amor / una forma de rezar / o plegarias salvajes / de devolución y entrega / para resistir el tiempo al alma". De ahí en más su vivencia se enriquece de matices e intuiciones nada comunes: "A veces el universo es techo bajo / y alcanzable / y la belleza una forma medida / de la locura". Su discurrir adquiere esa gracia de lo simple, de lo esencial; la poetisa ha encontrado un lenguaje claro, de arraigo vivencial, ansioso, como cuando dice: "que mane el tiempo / como una catarata victoriosa de la vida". Es de insistir que su tema predominante es el amor en sus distintos grados, en su fugacidad, en sus sensaciones más personales, como bien define en el prólogo Juan José Ceselli: "Su persona y su vida no son dos cosas meramente unidas, sino dos fuerzas heroicamente abrazadas que van absorbiendo experiencia y fruteciendo ensueños..."

Aunque dividido en sucesivos poemas, la fuerza latente que hay en ellos hace que se nos aparezca el libro como una pieza unitiva, sedimentada aquí y allá de una capacidad elocutiva donde predomina el sentido de la existencia motivado por vibraciones fértiles, sin altisonancias, como si tratara de desentrañar el misterio que sublima esa "pura promesa prenatal", según denominó al amor el inolvidable Pedro Salinas. Por eso, su exclamación es solidaria y a la vez exaltadora de un páramo infinito en el que centra el ser "la cita con la vida" y se afirma en el deslumbramiento del destino, como parte del gran todo: "Buscas en tu cuerpo / la huella de Dios / o la marca distinta / de los otros".

"Páramo intemperie" es un libro iluminado a la vez por un tiempo físico y carnal en el que "Con las manos paridas al viento / una pareja reconstruye el mundo". Y acaso esta sola vocación ancestral y siempre nueva confirme el testimonio logrado de estos poemas.

David Martínez

Angel Amor Ruibal

Filosofía y dogma

"El pensamiento de Amor Ruibal

Por Carlos A. Baliñas

(Editorial Nacional, Madrid)

TAREA ardua y harto difícil la de realizar la exégesis de una obra tan vasta, compleja y la mayor parte inédita y por lo tanto desconocida, como la de este eremita moderno que fue el padre Angel María Amor Ruibal. El propósito del libro El pensamiento de Amor Ruibal, de Carlos A. Baliñas, no es presentar una detallada exposición erudita y menos aún crítica del pensamiento de este filósofo, sino la disección de lo esencial, la apreciación de su significado con respecto a otras doctrinas acreditadas sobre los comunes problemas y la indicación de por dónde brota y por dónde desemboca este pensamiento en el cauce de la historia de la filosofía.

Para lograrlo, Baliñas divide su obra en dos partes. En la primera se dedica a comprender el arranque del pensar desde el pensador, sin desdeñar el descender a lo anecdótico. La figura de Amor Ruibal, sacerdote, filólogo y orientalista pontevedrés —nacido en 1870 en San Verísimo del Barro y muerto en el año 1930—, aparece, al igual que la mayoría de los escolásticos, como la de un teólogo deseoso de encontrar en la filosofía fundamentación racional para la construcción y despliegue "científico" del dogma cristiano. El método seguido en la segunda parte —referida al sistema— aconsejaba, a fin de fijar la discusión, intercalar breves síntesis de las ideas contra las que el filósofo ibérico polemiza.

Muy significativo resultará este libro de Baliñas para quienes se interesen por las ideas filosóficas y los dogmas de la Iglesia Católica a través de la historia y de cómo la filosofía ha contribuido a la evolución del pensamiento dogmatista.

Resta aclarar que si bien ya se han ocupado de diversos aspectos del pensamiento de Amor Ruibal figuras tales como S. Casas Blanco, en su tesis doctoral "Demostración de la existencia de Dios en la filosofía de A. R." (1948), C. París en "La filosofía de la naturaleza en A. R." (1956), L. Méndez Pabeiro en "Estructura filosófico-teológica de la mística cristiana en el pensamiento de A. R." (1957) y A. Ortiz Orés en "Amor Ruibal, filósofo de la existencia" (1965), entre otros, el presente libro de Carlos A. Baliñas es, incontestablemente, el primer estudio que abarca la totalidad del pensamiento ruibaliano. ≠

Libros recientes

"Satori en París"

Por Jack Kerouac

(Losada)

"Satori" es un término con que el budismo zen designa cierto tipo de iluminación profunda y repentina, un movimiento del espíritu que puede sacar a una existencia de sus cauces habituales y llevarla a una nueva etapa. Kerouac ha querido utilizar esa palabra para nombrar una experiencia personal, diluída en el trajín de un viaje entre París y Bretaña, donde se dirige para buscar antecedentes de su familia. Esta es la segundo crónica de viaje del autor de "Los vagabundos del Dharma". La anterior, "El viajero solitario", relataba una fascinante travesía por los Estados Unidos, en la que lugares ya conocidos, en contacto con la intuición del artista, descubrían aspectos insospechados. En "Satori en París", Kerouac ha querido dar menos importancia a los lugares y también menos atención a la exposición ordenada de pensamientos para seguir los vaivenes de su imaginación o las incitaciones que percibían sus sentidos. El antecedente más ilustre de esta actitud es el "Viaje sentimental" de Sterne, en el que el autor registra todas las incitaciones de su fantasía o su voluptuosidad. Pero ni voluptuosidad ni fantasía parecen haber asistido con suficiente vigor a Kerouac en la preparación de este libro. Lejos de la encendida alegría de "El ángel subterráneo", de la hondura y espontaneidad de sus mejores páginas, abruma con manifestaciones de un narcisismo fatigado. Su actitud parece más inerte que abierta a los estímulos, más distraída que contemplativa. La reiterada mención del "satori" alude sin duda a una experiencia íntimamente vivida, pero es algo que el relato no transmite; es, en todo caso, una iluminación recóndita e incomunicable a la que las palabras de Kerouac tratan de acercarse sin éxito y cuya manifestación el lector aguarda en vano.

"Memorias del general Gregorio Aráoz de La Madrid"

(Eudeba)

Más de medio siglo fueron inéditas las memorias del general La Madrid, por haberlas mantenido en su archivo don Andrés Lamas; pero en 1895, por disposición del gobierno de Tucumán y en homenaje al centenario del nacimiento de este héroe de leyenda, fueron publicados sus recuerdos. Se hicieron luego otras ediciones. Es que la difusión de este libro vibró siempre de actualidad, ya que se lo puede considerar un clásico por el sentido patriótico volcado en él y la extensión nacional del prestigio de su autor. Prologa esta nueva edición de las "Memorias del general Gregorio Aráoz de La Madrid" el poeta Gustavo García Saraví y lo hace sintiendo hondamente el itinerario de quien siempre desenvainó impetuoso el sable en pro de la libertad, con el ánimo de darse hasta los huesos a la patria y morir pensando en su ternura. Paz conocía las memorias inéditas de La Madrid, de allí que refutara algunos de sus conceptos en las suyas, aparecidas en 1855, cuarenta años antes que vieran la luz las de su amigo en tantas luchas contra la anarquía y la tiranía. La obra está repartida en dos volúmenes y abarca, en su primera entrega, desde los albores de la patria hasta las vísperas del trágico año veintinueve, y la segunda, desde que La Madrid sucede a Paz en 1831 en el comando del ejército unitario hasta las antesalas de Caseros. Es reconfortante volver a leer estas memorias, algunos de cuyos aspectos podrán ser refutados, pero donde las afirmaciones patrióticas concretan siempre mucho del espíritu de nuestra gesta democrática.

"Esta oscura desbandada"

Por Juan Antonio de Zunzunegui

(Alianza, Madrid)

Como una visión a vuelo de pájaro de la vida del Madrid de posguerra, como testimonio de una realidad sacudida por la subversión de los valores, "Esta oscura desbandada" puede considerarse un trabajo digno, bien construído, sin altisonancias ni mayores pretensiones. A Juan Antonio Zunzunegui le sobra oficio para pintar veramente un tema que conoce bien. Sabe usar el lenguaje madrileño sin desperdiciar el personalísimo sabor de sus giros y expresiones, sabe dotar de convicción a sus personajes y a las situaciones donde los sumerge y mantener el interés del lector sobre la base de un enriquecimiento progresivo de la anécdota. Sin embargo, su labor no va más allá. Nunca llega al análisis ni a la profundización de los problemas que la temática encarada le proponía. Las reflexiones sobre la situación que pone en boca de los personajes son demasiado ingenuas, a veces hasta pueriles. No obstante esos reparos, la lectura de la novela se hace agradable, sobre todo por la sencillez y la galanura del lenguaje, y por cierto tono entre humorístico y escéptico que se desprende de sus páginas.

"El ejecutivo eficaz"

Por Peter F. Drucker

(Sudamericana)

Un libro ubicado dentro de una línea de creciente importancia en estos tiempos. Además, un libro interesante. Interesante en dos sentidos: primero, por lo que expone; segundo, por lo que se extrae, a través de él, sobre la estructura y características de la sociedad que lo generó. Es necesario reconocer que, más allá de las limitaciones propias del género, la obra exhibe un espléndido buen sentido que subraya su interés, con el agregado de un copioso anecdotario, puesto a guisa de ejemplo, que significa un singular atractivo a la lectura, ya que desfilan por él Eisenhower, Mr. Sloan —el casi mítico presidente de la General Motors—, Henry Ford, el general Marshall y otras figuras de primerísima línea en la vida contemporánea. Por supuesto que el libro tiene las limitaciones

de su género y un tono, por momentos infantil, que al lector apresurado puede hacerle perder la visión de su verdadera importancia, que no deja de ser estimable. Puede reprochársele —valga como disculpa que es un error común— la confusión entre las funciones ejecutivas y directivas, error que vicia muchas concepciones sobre una materia tan vigente hoy. De cualquier manera es un libro que vale la pena que lean quienes se interesan en esos problemas y también quienes tienen preocupación por los temas conexos con las estructuras sociales contemporáneas.

"Hombres de ideas"

Por Lewis A. Coser

(Fondo de Cultura Económica)

DESPUES del tan difundido libro de Julien Benda, "La trahison des clercs" —citado aquí pero con un significado distinto debido, creemos, a una licencia de la traductora—, probablemente sea éste el aporte más considerable realizado en los últimos años para dilucidar la posición del intelectual —su grado de influencia y de sometimiento— en la sociedad contemporánea. Claro que Benda escribió su libro en momentos en que el nazismo comenzaba a inquietar con la puesta en acción del fanatismo racial o patriótico, y el hombre de letras era arrastrado por las pasiones políticas, mientras que Lewis A. Coser, como sociólogo, ha podido enfocar el problema con un criterio más sosegado y de modo distinto también, sin descuidar por ello el aspecto referente a las relaciones entre los intelectuales y la política.

Coser limita los alcances de su libro al examen de lo ocurrido a partir de la decadencia del mecenazgo y el surgimiento de un mercado propicio para la producción intelectual, vale decir, la "comercialización del arte de escribir". La ambivalencia entre el autor y el editor, que data del siglo XVIII, se complica al entrar en escena el librero. De ese período datan asimismo, a juicio de Coser, "las presiones ejercidas sogre el escritor para que rebajara su nivel a fin de aumentar sus ventas". El intelectual, convertido en un profesional de la pluma, entra en un juego de intereses del que no pudieron escapar, en Inglaterra, escritores como Walter Scott, William M. Thackeray y Charles Dickens.

Tras referirse a las revistas británicas del siglo XIX, y a la censura ejercida como un importante instrumento de control social en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos —encaminada a frenar, de modo especial, el flujo "iluminista"—, ineficaz, si no se cuenta con un punto de apoyo en la opinión pública, Coser se ocupa de la bohemia literaria del Greenwich Village y su contribución al derrumbe de una época: la de la inocencia norteamericana. En la segunda parte del volumen destaca el fracaso de los intelectuales al incursionar en el dominio del poder. Finalmente ilustra sobre "el papel y la postura de los intelectuales en los Estados Unidos contemporáneos". Teniendo en cuenta la variedad de "escenarios institucionales" que la compleja sociedad norteamericana ofrece al intelectual, Coser toma aquellos aspectos, o localizaciones, que considera más representativos.

En suma, un libro de singular interés, resentido a veces por una deficiente traducción.

Obras recibidas

El destino de Latinoamérica: la lucha ideológica, por J. Barreiro, R. Cepeda, H. Conteris, C. Furtado, W. S. Rycroft y B. Tyson, 146 págs. (Alfa, Montevideo).

Universidad, educación y laicismo, por Carlos Sánchez Viamonte, 283 págs. (S. A. G. A.).

Cabrera de Nevares. Observations of the United States of North America in 1834, texto en inglés y español con introducción de José de Onís, 154 págs. (Jaime Villegas, Madrid, y University of Colorado, EE. UU.).

Población, urbanización y recursos humanos en el Paraguay, por D. M. Rivarola y G. Heisecke (editores), con trabajos de R. Mendoza, D. M. Rivarola, R. Mellon, A. Silvero, E. Cerisola, L. A. Ratinoff y E. Lederman, 211 págs. (Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Asunción).

Garibaldi y el Uruguay, por Carlos M. Rama, 182 págs. (Nuestro Tiempo, Montevideo).

El socialismo utópico, por Angel J. Cappelletti, 268 págs. (Grupo Editor de Estudios Sociales, Rosario).

Revista Notarial, Nº 780, páginas numeradas desde 1485 hasta 1866 (Colegio de Escribanos, La Plata).

Confesión de parte. Literarias - Sociales - Notas, por Hernando Tellez, 180 págs. (Banco de la República, Colombia).

Leprología, Volumen XII, número 2, 146 págs. (Sociedad Argentina de Leprología).

"Quarta mundi pars". Las cuatro jornadas de Américo Vespucio, por Nicanor Alurralde, 45 págs. (Separata del Boletín del Centro Naval, números 676/677).

Brasil y Argentina en el continente americano, por Ovidio Giménez, 47 págs. (Instituto Cultural Brasil-Argentina).

Introducción al derecho contravencional, por Ricardo Levene (h.), 123 págs. (Depalma).

Los barcos de la noche —poesía—, por Dora Isella Russell, 51 págs. (Carabela, Barcelona).

Vietnam, testimonio y análisis, por José Rodríguez Elizondo, 186 págs. (Andina).

Todo decir guarda respaldo, por Gregorio Feldman, 149 páginas (Ed. del autor).

Izquierdas y derechas en Latinoamérica, por Mario Monteforte Toledo y Francisco Villagran Kramer, 127 págs. (Colección Ciencias Políticas y Sociales, Pleamar).

La espera impersonal, por Salvador Alvarez Alonso, poesía, 122 págs. (Generación).

Medida por medida, por William Shakespeare, versión libre de Enrique Llovet, 142 págs. (Editora Nacional, Madrid).

Didáctica especial en la educación moderna, por Oscar Carlos Combetta, 352 págs. Losada).

Obras completas de la madre Francisca Josefa de Castillo, tomos I y II, 249 y 620 págs., respectivamente (Banco de la República, Biblioteca Luis-Angel Arango, Bogotá, Colombia).

Documentos sobre la fundación de la Casa de Moneda en Santa Fe de Bogotá, por Juan Friede, 281 págs. (Publicaciones del Banco de la República, Bogotá, Colombia).

Joan de Castellanos, por Mario Germán Romero, 466 págs. (Banco de la República, Biblioteca Luis-Angel Arango, Bogotá, Colombia).

La regulación legislativa del partido político, por Francesco Leoni, 213 págs. (Editora Nacional, Madrid).

17 poetas, por varios autores, sin numeración de páginas (Ediciones del Alto Sol).

Elogio de la técnica, por Juan D. García Bacca, 181 págs. (Monte Avila, Caracas).

Antropología filosófica, por J. F. Donceel, 495 págs. (Carlos Lohlé).

Poesía española, segunda época, No. 192, diciembre 1968, 32 págs. (Ateneo de Madrid).

Odetta en Babilonia y el rápido a Canadá, por Gregorio Kohon, 47 págs. (Ediciones del Mediodía)

La génesis de la dialéctica, por Carlos Astrada, 74 págs. (Juárez).

La aguja del viento, por Juan Bautista Grosso, poesía, 77 págs. (Servicio Editorial Periodístico Argentino).

Cielo y tierra, por Roberto San Pedro poesía, 78 págs. (Librería Mitre).

El último sheriff, por Floyd Miller, novela, 318 págs. (Ediciones Selectas).

Los sofistas en la conducción del pueblo, por Antonio Brión, 2da. edición, 212 págs. (Ed. del autor).

Calendario histórico escolar y biografías argentinas, por Angel Sanguedolce, 2a. edición ampliada, 184 págs. (Ed. del autor).

Entre el autor y el lector... Goncourt

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

CARTA A UN REHÉN

Traducción de la 139ª edición francesa

En su librería, o en editorial y librería GONCOURT

AHORA EN

CALLAO 1441 44-9032

Estudie ITALIANO

CURSOS DIURNOS Y NOCTURNOS

REGULARES Y ACELERADOS - CONVERSACION

LITERATURA - HISTORIA DEL ARTE - TAQUIGRAFIA

Asoc. DANTE ALIGHIERI

TUCUMAN 1646 T.E. 40-2480 y 9692

dialogos

galería de arte

Barradas
Batlle Planas
Torres-García
etc.

Intermezzo

EN DISCOS UN SUCESO...
en LIBROS las últimas novedades
RIVADAVIA 7055 (plaza flores)

Las noticias ARGENTINAS vuelan a todo el mundo

EDICION AEREA INTERNACIONAL DE LA NACION

Tarifa de suscripciones

Suscríbase y suscriba a sus amigos y familiares a la Edición Aérea Internacional de LA NACION. Aparece todos los lunes con la más completa y cuidadosa selección de noticias de la semana, y se envía por avión a donde Ud. desee.

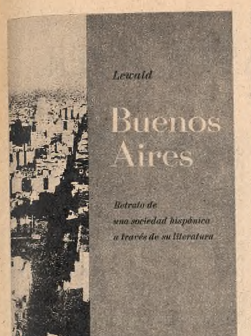
PRECIO DEL EJEMPLAR	Argentinos (1)	Argentinos (2)	Dólares (1)	Dólares (2)
Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Perú	50.—	85.—	0,14	0,25
Otro países de América	80.—	180.—	0,23	0,52
España	100.—	250.—	0,29	0,72
Otros países de Europa	110.—	265.—	0,32	0,76
Africa, Asia y Oceanía	130.—	340.—	0,38	0,98

(1) La Edición Aérea Internacional solamente.
(2) La Edición Aérea Internacional junto con dos suplementos en huecograbado de los domingos.

NOTA:
No se aceptan suscripciones por períodos menores de cuatro ejemplares consecutivos.

Para más detalles diríjase a:
Departamento de Circulación
Florida 347, Buenos Aires
T. E. 49-7201 y 40-4081
De 12 a 18

Libros recientes



"Buenos Aires"

Por H. Ernest Lewald

(Houghton Mifflin)

Este volumen, que se propone "el retrato de una sociedad hispánica a través de su literatura", está destinado al conocimiento de los estudiantes universitarios y se integra con una antología de narradores, ensayistas y poetas que han podido captar el secreto de muchos caracteres de Buenos Aires, que la alejan de un denominador único con respecto de los otros pueblos de origen idéntico. Con eficiente método, el autor ofrece una alianza feliz entre la literatura y la cultura antropológica, bien adiestrado en la selección de fragmentos idóneos que definen la ciudad física, su población, cada una de sus clases, se proyectan hacia el cómputo sanguíneo de los habitantes, discriminan sobre sus rasgos políticos y religiosos, no omiten reflexiones sobre el lenguaje porteño y saben juzgar los factores determinantes de sus cambios culturales. La visión es fresca y el comentario ajustado, como corresponde a la mirada atenta de un observador de varios años, aunque hay margen para la discrepancia en algunas determinaciones políticas y es, por lo menos, confuso el párrafo donde parece asignársele a Rivadavia la iniciativa en el establecimiento de la Biblioteca Nacional. Son acertadas las aclaraciones léxicas y de límpida belleza las fotografías que ilustran el texto.

"Los cuentos fantásticos de Rubén Darío"

Por Enrique Anderson Imbert

(Harvard University)

Este opúsculo editado por la Harvard University contiene el texto de la lección inaugural de Anderson Imbert en la cátedra Víctor S. Thomas de literatura hispanoamericana, durante la cual el escritor argentino se ocupó de Rubén Darío como autor de cuentos fantásticos. Cree Anderson Imbert que lo que movió al poeta nicaragüense a dedicarse a tal especie literaria "fue una composición muy personal de fuerzas psicológicas. A estas fuerzas —superstición, inquietud por lo arcano, miedo a la muerte —agrega— se las ve operantes también en las poesías de Darío. Pero, en algunos de sus cuentos, las ocurrencias fantásticas le nacieron sofocadas por preocupaciones no artísticas. En vez de contemplar las figuras de su fantasía desde una ventajosa distancia, con perspectiva estética, Darío las dejó revueltas en su alma. En este sentido podría decirse que la creencia en lo sobrenatural, después de empujar a la imaginación de Darío para que caminara, se le prendía de las piernas para que no caminase más". Los aciertos de Darío como cuentista fantástico —agrega Anderson Imbert a mayor abundamiento— dependen de que se liberara o no de la teología, de la teosofía, de la oniromancía y del ocultismo, entendido esto de liberarse no en el sentido de dejar de creer sino en el de considerar esas creencias como figuras estéticas. Previamente, el autor había definido al cuento fantástico y señalado que como tal pueden considerarse aquellas ficciones que, con extraordinaria energía, se especializan en fingir mundos autónomos. También había puntualizado que el cuento fantástico rechaza la realidad empírica y la sustituye por la imagen de una realidad liberada de la naturaleza física y de la psicología humana. Su conclusión, en cuanto a Darío, es que éste escribió sólo unos pocos buenos cuentos fantásticos y que, en ellos, es también un maestro.

EDUQUE SU VOZ
dominio de sí mismo
Dicción clara, respiración e impostación perfecta, timbre sonoro. Prof. 32-3373. Venta: en EL ATENEO

segundo CUADERNO DE LA PLATA

- La Argentina del año 2000.
- Henríquez Ureña, humanista.
- La Ley Federal de Educación.
- Juan B. Justo, y sus detractores.
- Otro espejo para Pettoruti
- 30 artículos más: notas, cuentos, poemas y caricaturas.

Santillán, Pucciarelli Castagnino, Korn, Balestra, Tristán, Nessi, Aznar, Villarreal Bravo, Corbière Verde Tello, Seoane, Szichman

Librería
EL ATENEO
Florida 340

"La vida feliz de Francis Macomber"

Por Ernest Hemingway

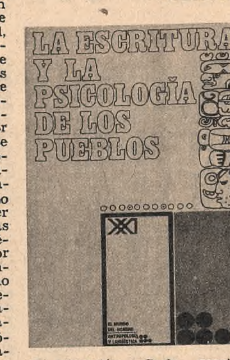
(Santiago Rueda)

Siempre resulta auspiciosa la reedición de obras de un autor de importancia. En este caso, no sólo el escritor reeditado cumple acabadamente con ese requisito, sino que además se trata de la reedición de algunas de las obras más representativas de su producción. Tal es el caso de "La vida feliz de Francis Macomber", que da título al volumen, o "Las nieves del Kilimanjaro", donde se hallan en su plenitud las características que hicieron de Ernest Hemingway uno de los autores cuya influencia en la literatura sigue haciéndose sentir aún hoy. Y es que el estilo del autor de "El viejo y el mar", con ser tan sencillo, tan aparentemente lineal, tiene detrás de sí toda una elaboración prolija y minuciosa, un inteligente manejo de la emoción, del dinamismo del diálogo, de la fuerza descriptiva. La violencia, por ejemplo, uno de los temas más caros a Hemingway, es transmitida por el escritor por medio de una descripción minuciosa del proceso que lleva a los personajes a la acción violenta. Esa lenta verificación de cada aspecto de la escena crea en el lector la impresión de que las cosas son experimentadas por él directamente. Algo así sucede en "Las nieves del Kilimanjaro" o en "La vida feliz de Francis Macomber", dos de los trabajos que aquí se vierten a través de una excelente traducción de Francisco Brumat. El volumen incluye asimismo otros relatos publicados por Hemingway bajo el título de "In our time" y que comprenden conocidas viñetas de guerra fundamentalmente asociadas al resto de la acción. En ellas, como en todo el libro, está presente, por sobre todo, el desborde vital y el inconfundible estilo de un escritor definitivamente ubicado entre los más grandes del siglo.

"La escritura y la psicología de los pueblos"

Por varios autores

(Siglo XXI, México)



El mundo no está unificado desde el punto de vista de la escritura. Existen, además de las evidentes diferencias entre los alfabetos, divisiones ortográficas que agravan aún más esta situación. Cada escritura está adaptada a la lengua en cada medio nacional o en cada bloque de países con civilización análoga. Tales son algunas de las conclusiones a las que se arriba tras la lectura de este libro, que informa, a través de dieciocho ensayos y una síntesis de diversos cambios de opiniones, acerca de las deliberaciones de la XXII Semana de Síntesis, celebrada hace casi nueve años. A partir del estudio de los más variados aspectos de la escritura en distintas comunidades —entre ellas la egipcia, hitita, china, árabe, india, semita y latina— se llega a descubrir un conjunto de rasgos distintivos en cada grupo nacional o en los grupos de similar civilización. Ese era el propósito de las sesiones aquí recogidas, de las cuales participaron, entre otros estudiosos, algunos investigadores de la jerarquía de Marcel Cohen y Jean Sainte Fare Garnot. De más está señalar la trascendencia de la contribución que esta obra implica, la seriedad con que ha sido encarada y la interesante y profusa documentación que se pone en juego en cada trabajo. Puede destacarse, además, la claridad expositiva y el importante auxilio que prestan las numerosas ilustraciones incluidas en el volumen.

CURSOS DIBUJO Y PINTURA
Magenta
VIAMONTE 1815 TE. 44-1467

"Juventud moderna"

Por Peter Seidman

(Nova)

El autor es un joven psicólogo suizo que ha volcado su inteligente trabajo hacia los problemas vinculados con la pedagogía y la psicología juvenil. En ese camino, su esfuerzo de cátedra y bibliográfico tiene ya significativa importancia y ha implicado aportes de volumen al desarrollo de las disciplinas a las cuales se ha consagrado. La obra comentada reviste un singular interés: desarrollada con riguroso criterio científico, no obstante elude tecnicismos excesivos, o los lenguajes crípticos, tan en uso en las obras contemporáneas de psicología, y expone con rigor pero con claridad, no divorciada de la precisión, los temas capitales de la problemática juvenil de hoy. En esa tarea se aunan una precisa descripción de los fenómenos que la manifiestan y una lúcida explicación de las raíces de los mismos. Ese difícil trabajo está realizado con profunda ecuanimidad, sin tomar partido en la lucha generacional a que asisten nuestros tiempos, y con el agregado del señalamiento de ángulos poco advertidos, como, por ejemplo, el de la estructura trigeneracional vigente —hijos, padres y abuelos— resultado del crecimiento de la esperanza de vida y del progreso en materia geriátrica, que generan un factor más para complicar el esquema de conflicto entre padres e hijos que hasta hace menos de un siglo caracterizó la dialéctica del sistema de las generaciones. Muchos otros hallazgos, como éste, podrían destacarse. No vale la pena: el lector, que seguramente recorrerá con placer las páginas de este libro, que ciertamente merece ser conocido, los encontrará con facilidad y, junto con ellos muchas claves que, aun en el aspecto de la existencia cotidiana, le serán utilísimos frente a las fascinantes realidades de este proteico mundo de hoy.

"La génesis de la dialéctica"

Por Carlos Astrada

(Juárez)

El pensamiento y las modalidades personales de Carlos Astrada son harto conocidas, por lo que no puede sorprender que se reflejen en este breve libro. La exposición de las doctrinas de los fundadores de la filosofía griega es, desde luego, excelente y revela a un auténtico conocedor de ese difícil campo de la historia de la filosofía. En el aspecto crítico cabe advertir una excesiva dependencia —por otra parte, no disimulada— de las investigaciones y opiniones de Karl Reinhardt. Es lástima que en las numerosas citas de palabras griegas no se utilicen las grafías de ese idioma, como también lo es el uso de expresiones —"supercherías", por ejemplo— demasiado agresivas para un trabajo académico. Por supuesto que se puede ser ateo, cristiano o musulmán, pero, cualquiera que sea la posición espiritual, no cabe aplicar calificativos peyorativos hacia actitudes interiores que, equivocadas o no, son siempre respetables y han significado aportes importantes para la historia de la cultura.

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES DE BUENOS AIRES

ACABAN DE APARECER

CORDOBA, A. O.
Bibliografía de Juan Bautista Alberdi. 1 tomo. Rúst. .... $ 800.—
LINARES QUINTANA, S. V.
La nueva ciencia política y constitucional. 1 tomo. Rúst. .... $ 500.—
ANALES
Años X y XI Seg. Epoca Nº 8, 1 tomo. Rúst. .... $ 800.—

EN PRENSA

SILVA RIESTRA, J.
Académicos de derecho y hombres de gobierno.
RIO, M.
La libertad, elección, amor, creación.
DRAGO, M. S.
El Congreso de Panamá (1826).

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

ABELEDO - PERROT

M. T. de ALVEAR 1535 Tel. 42-8578 — LAVALLE 1280 Tel. 35-2848 — AZCUENAGA 1846 Tel. 83-5591

Local en la Facultad de Derecho

"Vino y pan"

Por Ignacio Silone

(Alianza, Madrid)

Aunque la edición argentina de esta novela de Ignacio Silone data de años atrás, su reciente aparición en España puede ser, además de un hecho significativo, ocasión propicia para recordar algunos de sus rasgos principales. Situada temporalmente en pleno auge del fascismo, en los días previos a la invasión de Abisinia, describe el ambiente del campesinado italiano y las actividades de izquierda que, cumpliéndose en la época de la acción en la clandestinidad, debían posteriormente alcanzar en la Península un notable desarrollo. Ese medio anquilosado, presa de las supersticiones, a decenios de distancia de otros medios europeos y en el que perduran formas de vida casi medievales, es enfrentado por Silone con las ideas de avanzada, cuando éstas comienzan a insinuarse. Lo que el autor persigue es, sobre todo, fijar determinado momento de la existencia política y social de su país y es indudable que desde un punto de vista documental consigue tal propósito a la perfección. Si por adhesión a la verdad histórica posterga en cierto modo los valores propiamente literarios, no debe olvidarse que Silone es un escritor de mucho oficio que sabe dar constante interés a lo que narra. Cuando su novela deriva desde lo social a lo meramente humano es cuando alcanza una mayor calidad: tales, por ejemplo, en el capítulo del reencuentro del protagonista, Pietro Spina, con su antiguo maestro, don Benedetto, episodio que alcanza una punzante emoción, y las páginas dedicadas a perfilar la personalidad íntima de aquel personaje. En él, sin duda, hay mucho de autobiográfico, y sus luchas y su crisis de conciencia no es difícil que, por lo menos en lo básico, hayan sido las del propio Silone, cuya actuación en el comunismo —del que posteriormente se separó— y cuya acción contra el fascismo, son bien conocidas.

"Escafandras"

Por Carlos Santander

(Sociedad de Escritores de Chile, Ediciones Alerce)

Es un buen cuentista Carlos Santander. Original, por los motivos que busca; auténtico, por su característica manera de estructurar los relatos, y por el realismo crudo, pero no agobiante, de las situaciones y diálogos. Porque es la de sus cuentos una forma de la realidad, amarga y sin esperanzas, ínfima, mezquina, dolorosa, pero innegablemente valedera. Ciertos hombres son así. Así es la realidad humana, al menos, la de un estrato social. Su fibra de cuentista se advierte en los vigorosos contrastes del relato y del diálogo. El primero, con la prosa ágil, casi siempre directa, aunque usa con acierto las metáforas, y la curiosa manera de manejar la puntuación; esas comas que no coloca y que parecen marcar, aún ausentes, momentos en la ola de desolación que envuelve a los protagonistas. Hablan éstos con el lenguaje preciso, rudo, violento, sin atisbos de ocultamiento o mesura. En este aspecto, el escritor no es más audaz que otros, que son reconocidos valores en la literatura actual, donde los convencionalismos literarios han sido arrasados violentamente. Este joven cuentista chileno —nació en 1933— ha merecido ya algunas distinciones en su patria, como los premios Grav y Daniel Belmar.

"Estructura primálica de la materia"

Por Brial Mauricio

(Stella)

A esta altura del conocimiento subatómico no dejará de llamar la atención el intento de una nueva interpretación y esclarecimiento en torno de la naturaleza de la estructura de la materia. Y en ese terreno, tan inextricable, se aventura un nuevo investigador, un estudioso que no ha escatimado esfuerzo para el logro de su objetivo: desentrañar el misterio de la materia. Sin duda, podrá discreparse con sus apreciaciones, pero deberá reconocerse su noble empeño en la búsqueda de la verdad. Para Brial Mauricio, de larga actuación docente, los núcleos de los átomos no están rodeados por electrones en movimiento orbital y regulados por una mecánica cuántica, sino que éstos, que él llama "negatones", determinan poliedros estáticos, en cuyos vértices tienen posiciones de equilibrio estable. Esta teoría es, sin duda, revolucionaria, y pugna con sistemas científicos muy en boga; pero el autor justifica sus afirmaciones con una ajustada explicación de las "valencias" y de los enlaces que constituyen las bases de la química. La nueva teoría muestra los fundamentos de la clasificación periódica de los elementos y da, de sus detalles, una explicación que puede juzgarse satisfactoria. Consideraciones sobre combinaciones químicas, formas cristalinas y espectrografía, conceden su apoyo a los nuevos conceptos. El estudioso tiene, pues, en sus manos un trabajo de breve contenido pero denso en su significación.

"Los habitantes"

Por Salvador Garmendia

(Monte Avila Editores)

Resulta indudable la adhesión del venezolano Garmendia a una realidad inmediata. O sería mejor decir, a ciertos aspectos, que no son los más agradables, de esa realidad. Recae en ella constantemente, se regodea en ella. El de Garmendia es un mundo sólidamente material, un mundo de menudas sensaciones, un mundo donde los objetos, en sí insignificantes o feos, adquieren desmesurada importancia, quizá por contraste con la escasa que tienen los personajes. "Los habitantes" no es una novela en el sentido que habitualmente se entiende —o se entendía— el término; es una sucesión de escenas —ya que ni siquiera puede hablarse de "anécdotas", según leemos en la contratapa con diversos aspectos comunes: el ambiente, los personajes, la intención minimizante, tediosa. Semeja una larga siesta canicular, durante la cual no sucede nada o, si sucede, nada se resuelve ni nada tiene demasiada importancia. De manera que el todo se desliza en una viscosidad lenta, pesada. En esta "novela" parece no haber, en propiedad, una acción, como no se llame tal a un tropical desperezamiento en el que participan todos y cada uno de los personajes, cuya razón de ser no se nos alcanza, tal vez porque ellos mismos no la conocen y el autor ha querido decirnos precisamente eso. Si la sensación de mediocridad, de disponibilidad —¿para qué? —de las criaturas de Garmendia está dada con acierto, insistir en ello a lo largo de 196 páginas termina por fatigar al lector. En su afán de exaltar, no sólo la presencia de los objetos y la importancia que éstos pueden alcanzar referidos a unas vidas escasamente significantes, sino los olores y los aspectos más desagradables que pueden ofrecer las cosas, "Los habitantes" se acerca al objetivismo y participa de su vaciedad y de su aburrimiento.

LEA REVISTA "HISTORIA DE JUNIN"
Adquiérala:
"Librería PLATERO"
Talcahuano 468 40-2012

Poesía

"Los muñecos de paja"

Por Rafael Henzo D'Alessio

(Francisco A. Colombo)

Son ambiciosos los temas que integran este quinto libro de poemas de D'Alessio. Hay en ellos una evidente crítica a la sociedad contemporánea, cuyo fenómeno más notorio es lo que se denomina como "masificación". Los sistemas político-económicos y los avances de la tecnificación han convertido al habitante del planeta en especies de "robots" o muñecos que acatan ciegamente el destino que se les ha impuesto. Esto es lo que el autor denomina "muñecos de paja", vagabundos de la historia", "parias de la nada". Sostenido por los manes de Dante y de Virgilio, el poeta construye su despiadada crítica de esta sociedad abatida por el conformismo, los apetitos y placeres, las ambiciones y la chatura. Especie de infierno en el que nos movemos como títeres regidos por potencias de monstruosa composición. Referencias políticas y muy actuales abundan en los versos de D'Alessio, de largo aliento y regidos, como conviene para lo que quiere decir, por matices que lo aproximan más a la prosa que al poema. Una actitud casi mesiánica, a lo Whitman, se trasluce a través de estas páginas que, si no alcanzan auténtica vibración lírica o hallazgos de alto valor estético, son expresivas en cuanto a la sana actitud moral que las rige. En la última parte, el autor incluye dos poemas "para recordar a mi país", un tanto evadidos del sentido general del libro. "Los muñecos de paja" es el testimonio de un disconforme que no puede contemplar resignado la pasividad y la corrupción del mundo actual.

"Elegías"

Por Teognis

(Universidad del Salvador)

La vida de Teognis de Megara permanece en esa brumosa zona donde historia y leyenda se confunden; nada se sabe de él a ciencia cierta y aun sobre sus versos se cierne la duda de su autenticidad. Créese que vivió en los últimos años del siglo VI y a principios del V antes de Cristo; que su patria fue la Megara griega y no la siciliana; que fue aristócrata privado de sus bienes por el gobierno de los plebeyos ricos; que vagabundeó en el destierro y este errante peregrinaje dio origen a sus famosas elegías. Estas, integradas por 1389 versos, se encuentran divididas en dos partes, de las cuales la primera es la más extensa y la segunda se halla reducida al tema erótico: el lamento por un joven desdeñoso. En aquélla, Teognis ataca la democracia recién llegada: "los que antes no conocían derechos ni leyes (...) ahora son buenos, Polipaides; los que antes nobles, ahora viles. ¿Quién soportaría ver esto?" Sentencias morales, nobles reflexiones y virtuosos deseos recorren la mayor parte de estos versos, que no eluden tampoco exaltar el placer del momento, el vino bebido con moderación, la amistad fraternal. El tono disímil de muchos trozos ha hecho pensar a los estudiosos que sucesivos recopiladores han introducido numerosas variantes, y la lectura parece confirmarlo. El Instituto de Filología y Lingüística de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador presenta este volumen con el texto completo de las "Elegías" en una cuidada traducción de María M. Carosi y Elena L. Najlis, autoras también de la introducción y notas. A pesar de que la impresión es mimeográfica, se ha podido incluir el texto griego, con lo que el libro acrece su importancia. Lamentablemente, el ejemplar que juzgamos tiene defectos de compaginación y faltan algunas hojas.

"Siónidas desde la pampa y Sonata judía de Nueva York"

Por Lázaro Liacho

(Candelabro)

En un exaltado prólogo, Liacho explica el porqué de la publicación de este libro de poemas escritos entre los años 1919 y 1948. "En ellos —dice— comprometí mi judaísmo y refirmé la unidad con mis ascendientes". La extensa introducción es un alegato contra el antisemitismo. El autor cree que existe una conspiración universal contra lo judío, alerta contra ella, reclama solidaridad, anatematiza a los enemigos y proclama que la poesía "es una fuerza espiritual" ideal para asumir "la defensa de la verdad". El vehemente reclamo se encontrará íntegramente desarrollado en los nutridos poemas que integran el volumen. Amante de las formas clásicas de versificación, pero sin desdeñar el verso libre, como en el "Canto al nuevo Estado judío", Liacho consigue lo que se propone: una poesía testimonial, enfática, acusadora y valedera para tan encomiable propósito. Poesía que, no obstante, sabe también alcanzar ternura y lirismo cuando se lo propone, como en "Origen y destino" o "Débil junco". Tal vez el excesivo apasionamiento parezca nocivo por momentos al lector imparcial, pero la salvedad desaparece cuando se piensa en el profundo sentimiento que alienta en el poeta. Toda una vida consagrada a la defensa del judaísmo se expresa aquí con robustez y claridad. Como bien lo señala Liacho, se trata "de un canto de reivindicación, de una voz clamando contra el mundo; y de una esperanza, de una alegría de renacimiento y de reencuentro".

"Los ojos del mago"

Por Marta Ortigoza

(Ediciones del Talión)

El título, y aun los dibujos de esta cuidada edición, nos indican un descenso —o un ascenso— al tiempo profundo de la magia. La clara filiación surrealista de estos versos —a los que sirve de introducción una cita de Schowb— constituyen el material más apto para que la autora exprese esa experiencia de un mundo irreal y extraño. Una vehemencia poco común vibra en los cinco poemas que constituyen el volumen, violencia ornada con insólita lujuria por imágenes ricas y palpitantes, saturadas —como es habitual en los adeptos a la escuela mencionada— por elementos sexuales que alguna vez se tornan insistentes. Este "viaje a la magia" expresa una alucinada experiencia; el sentido es, desde luego, difícilmente desentrañable, pero los raptos poéticos en que las imágenes se acumulan crean una sensación caótica que logra a intervalos un efecto sugerente que no por elíptico deja de ser, simplemente, poesía. Libro joven y promisorio, este de Marta Ortigoza nos incita a recorrerlo e intuirlo por sobre cualquier discrepancia de tipo estético que pueda interferir en el juicio del lector.

Otros títulos

"El mundo del hombre cuaternario", por F. Bordes.

Un hondo rastreo en el mundo del hombre primitivo ha encarado el autor en una apretada síntesis. La evolución del paleolítico a través de los más modernos descubrimientos arqueológicos y una acumulación impresionante de datos son los medios que permiten trazar un panorama casi total de la epopeya de nuestros antepasados. Excelentes ilustraciones realzan el valor del volumen (256 págs. Biblioteca para el hombre actual, Guadarrama, Madrid).

"Cibernética y sociedad", por Norbert Wiener.

Wiener no sólo desarrolló la moderna ciencia de la cibernética, sino también le impuso su nombre. Después de la segunda guerra mundial el interés por esta disciplina ha sido excepcional; Wiener expone en este libro sus relaciones con la filosofía, se refiere al empleo de las máquinas electrónicas y analiza su importancia en la sociedad contemporánea. (179 págs. Colección Indice. 2a. edición, Sudamericana).

"El congreso de Angostura", por Luis Beltrán.

En 1819 una aldea venezolana, Angostura, cobijó a los miembros del Congreso que daría nacimiento a Colombia la Grande, integrada por Venezuela, Cundinamarca y Quito. A 150 años de aquel magno acontecimiento, inspirado por Bolívar, el autor traza un exacto recorrido histórico y se refiere documentadamente a las múltiples derivaciones políticas del hecho, que constituyó un paso más en el afianzamiento de la independencia hispanoamericana. (34 págs. Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Caracas).

"Mi madre", por Marcos Bianchini.

Esta es la historia de un niño huérfano, la historia de un conmovedor amor filial narrada en forma sencilla y sentimental. La emotiva semblanza y el generoso fin que movió al autor a escribirla logran disimular la simpleza de su construcción y algunos recursos muy frecuentados en el género hace muchos años. Casi la mitad del volumen está integrada por una serie de relatos que el protagonista narra a sus alumnos en los cuales campea la misma ternura y sinceridad del comienzo. (155 págs. Ed. del autor).

"Guía índice para supervisores y directivos de escuelas fiscalizadas por S.N.E.P.", por Héctor V. Pozo.

La multitud de normas e instrucciones existentes para el funcionamiento de escuelas fiscalizadas por la Superintendencia Nacional de la Enseñanza Privada movió al autor a ordenar un registro alfabético de las mismas para facilitar a los docentes la búsqueda por temas. También, como complemento, el libro ofrece textos de leyes, decretos y circulares específicas, todo lo cual será de gran utilidad para los interesados. (200 págs. Mi ciudad).

ENGLISH
Ud. conocerá nuestros amistosos grupos de conversación, para estudiantes principiantes y avanzados, de 2 a 3 clases semanales. Pero también tenemos
CRASH COURSES
es decir cursos muy intensivos para Viajeros y Ejecutivos:
- CLASES personales diarias:
- LABORATORIO DE IDIOMA en su propia casa o en nuestras cabinas individuales;
- DISCOS audioactivos y
- CINTAS MAGNETICAS para su casa.

En un par de meses o semanas le saturamos con el inglés. Pida prospecto.
toil & chat
Prof. Británicos y Americanos
- SAN MARTIN 448 Tel. 49-0873 - 45-0353
- Callao 406 - 49-2152
- Cabildo 1919 - 78-8127
- Santa Fe 2653 (G. Guido Spano)
- Rivadavia 6640 (G. Pángaro)
- Córdoba: Rivera Indarte 117

ABC **Mañana se Inaugura**
LIBRERIAS ABC S. A.
LIMA - BUENOS AIRES
FLORIDA 725

Ultimas novedades en inglés y alemán en una enorme variedad de temas.
Un personal especializado y con larga experiencia garantiza un servicio perfecto.
Pedidos individuales recibirán su inmediata atención.

HAGALA SU LIBRERIA PREDILECTA
LE ESPERAMOS

LIBRERIA DEL JURISTA
Ofrece su cordial atención y agradece a los clientes, colegas y amigos la colaboración prestada en su primer año de existencia.
OFERTA PRIMER ANIVERSARIO

PLATON, Fedro. Rústica	$ 199.—
PRZYWARA E., San Agustín. Rústica	" 299.—
PARRY A. Interpretación de la Ley. Rústica	" 50.—
IHERING R. Von. Abreviatura del Espíritu del Der. Romano. Rústica	" 299.—
CRONICA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. Selecciones, 3 Ts. Rca.	" 6.000.—
DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO. Omeba, 12 Ts. Enc.	" 28.000.—
GRAN ENCICLOPEDIA DEL MUNDO. Durvan, 21 Ts. Enc.	" 85.000.—
HISTORIA ARGENTINA. J. M. Rosa, 5 Ts. Enc.	" 15.000.—
HISTORIA UNIVERSAL. Ch. Seignobos, 8 Ts. Enc.	" 6.900.—
MARTIN FIERRO. Edit. Cultural. Enc. madera y cuero	" 6.000.—
MI GALAXIA - MI PAIS. L. D. Pastore, 4 Ts. Enc.	" 15.000.—
NUEVO DICC. ENCICLOPEDICO. Lectum Consultor, 4 Ts. Enc.	" 12.000.—
ALSINA H. Derecho Procesal Civ. y Com. Ed. de 3 Ts. Enc.	" 4.500.—
ALSINA H. Derecho Procesal Civ. y Com. Ed. de 7 Ts. Enc.	" 14.000.—
AYALA M. J. de. Notas a la Recopilación de Indias (Ed. Fasc.), 2 Ts. Rca.	" 4.900.—
BALDANA J. Derecho Notarial Arg. Ed. de 11 Ts. Enc.	" 35.000.—
CARRARA F. Programa de Derecho Criminal. 10 Ts. Enc.	" 16.000.—
CEDULARIO INDIANO. Edición Fascimilar. 4 Ts. Rca.	" 12.000.—
CLARIA OLMEDO. Derecho Procesal Penal. 7 Ts. Enc.	" 15.900.—
ENCICLOPEDIA JURIDICA OMEBA. 25 Ts. Enc.	" 65.000.—
DALLOZ. Repertoire Pratique. 13 Vs. Enc.	" 19.000.—
JIMENEZ DE ASUA L. Tratado de Der. Penal, 6 Ts. Enc.	" 17.000.—
JURISPRUDENCIA ARGENTINA. 216 Ts. Enc.	" 98.000.—
LLERENA. Derecho Civil Argentino. 10 Ts. Enc.	" 7.000.—
MACHADO. Código Civil Argentino. 11 Ts. Enc.	" 7.000.—
MANRESA Y NAVARRO. Ley de Enjuiciamiento Civil. 9 Ts. Rca.	" 8.000.—
MALAGARRIGA C. C. Código de Comercio. 9 Ts. Enc.	" 5.000.—
NUÑEZ R. C. Derecho Penal Argentino. 5 Ts. Enc.	" 9.900.—
PARRY R. Sentencias de la Suprema Corte. 38 Ts. Enc.	" 20.000.—
PEREZ F. S. Trat. sobre la Jurisp. de la Corte Suprema. 15 Ts. Enc.	" 5.000.—
ROSENBERG. La Carga de la Prueba. Enc.	" 1.700.—
SALVAT Y OTROS. Trat. de Derecho Civil Arg.. 13 Ts. Enc.	" 23.000.—
SAYAGUES LASO E. Trat. de Der. Administrativo. 2 Ts. Rca.	" 4.300.—
GOLDSTEIN, OSSORIO Y FLORIT. Código Civil. 4 Ts. Enc.	" 11.000.—
COLIN y CAPITANT. Curso Elemental de Derecho Civil. 9 Vs. Rca.	" 3.900.—

Y TAMBIEN LAS NOVEDADES DEL DIA
USTED QUE AUN NO NOS VISITO, ES NECESARIO QUE LE REITEREMOS QUE ANTES DE COMPRAR OBSERVE Y COMPARE

LIBRERIA DEL JURISTA
SEGURIDAD, SOLVENCIA, SERIEDAD
Compra, venta, canje en Libros de Historia, DERECHO, Economía, TEXTOS y Obras de Cultura General, NUEVOS y de ocasión
TALCAHUANO 420, Buenos Aires T. E. 40-7337
Casi esquina Corrientes y a 80 metros de los Tribunales. Horario: 8 a 20 hs. Sábados: 8 a 14 hs. — IMPORTANTE: En libros de Edición Argentina, no cobramos gastos de envío. Capital, interior ni exterior. Enviar cheque o giro a nombre sobre Buenos Aires.

El ministro de Hacienda y el saneamiento financiero

Para LA NACION **Por Arturo Rueda Zavalla** BUENOS AIRES, 1969

TANTO LA NACION como otros prestigiosos diarios han señalado reiteradamente en los últimos tiempos la urgencia de restringir los gastos públicos, a fin de poder nivelar adecuadamente nuestras finanzas. El Dr. Carlos García Martínez, en una colaboración publicada en este diario el 10 de enero ppdo. —"Voluntad política para el saneamiento de las finanzas"— coincide, en términos generales, con las conclusiones de los editoriales mencionados, poniendo énfasis en la necesidad de imprimir un cambio de rumbo para lograrlo mediante la adecuación de la maquinaria estatal a las reales necesidades.

A una conclusión semejante llega el señor Carlos Fernández Rivas, quien en su estudio "Sobre el problema económico argentino" aparecido en LA NACION de los días 23 y 24 del referido mes, propicia una "solución económica por medio de la reducción de los excesivos gastos del personal del Estado".

Coincidiendo plenamente con estas opiniones, creemos que para lograr la finalidad que todos persiguen, deberían adoptarse tres medidas fundamentales: 1º) la creación de una comisión autárquica del servicio civil, que intervendría también en la racionalización de las empresas e industrias del Estado; 2º) la organización del Ministerio de Defensa dentro de los lineamientos establecidos en la Constitución y 3º) restablecimiento del cargo de ministro de Hacienda.

I.- EL PROBLEMA BUROCRATICO

1º) Para reducir la burocracia a límites compatibles con la estabilidad de nuestras finanzas sería indispensable hacer un estudio integral del servicio civil, encargando preferentemente de tal labor a alguna entidad especializada de los EE. UU. o Gran Bretaña, ya sea directamente o con la colaboración del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la UN., con el fin de modificar su estructura y funcionamiento, codificando a este efecto el procedimiento administrativo. Simultáneamente con el cumplimiento de estas etapas sería indispensable realizar un empadronamiento general de todo el personal civil de la Nación a fin de hacer las indispensables clasificaciones de acuerdo con su grado de preparación —estudios cursados, cultura general, experiencia en otras actividades, etc.—. Sobre esta base y los antecedentes de cada uno de los agentes en el desempeño de la función pública, se podría seleccionar a los más capacitados y a los que por su edad y condiciones demuestren aptitudes especiales para la carrera administrativa.

Algo semejante habría que hacer en las empresas o sociedades del Estado. Con estos elementos de juicio recién se estaría en condiciones de efectuar una evaluación bastante aproximada del personal excedente.

2º) La experiencia aplicable indica que para llevar a feliz término tamaña transformación o revolución en nuestros hábitos políticos, es indispensable que el servicio civil dependa, como en los EE.UU., de un organismo independiente del Gobierno, que tendría a su cargo la selección en el ingreso y los ascensos mediante exámenes imparciales, teniendo en cuenta la capacidad y el mérito.

La clave principal de este problema reside en la determinación de quien tiene en sus manos la decisión final de nombrar en el organismo propuesto a personas honorables y competentes, prescindiendo de referencias personales o afinidades ideológicas. Sarmiento, Roca, Alvear y otros ilustres presidentes han procedido en esta forma en diversas circunstancias. Idéntica fue la actitud de Mitre al proponer a los miembros de la Corte Suprema cuando se organizó el Poder Judicial de la Nación.

Esta resolución heroica, que podría resultar suicida —políticamente hablando— para el gobernante que necesite imprescindiblemente de una mayoría legislativa o partidaria para llevar adelante un programa o imponer una candidatura, no lo es para el jefe de un gobierno revolucionario que no tiene apremios políticos electorales. La prueba está en que en la provincia de Buenos Aires se ha intentado una solución de este tipo y se persiste en ella a pesar de los inconvenientes originados por algún error inicial en que se incurrió.

Un país no puede progresar con una burocracia inoperante y desmoralizada. La experiencia de las naciones mejor organizadas demuestra que sólo puede obtenerse de los funcionarios la colaboración y el rendimiento indispensables para ejercer eficazmente la función pública, cuando son tratados con la debida consideración e imparcialidad y tienen la seguridad de obtener una adecuada retribución por sus servicios. Sin una burocracia eficiente no es posible encarar seriamente el desarrollo del país; pero para tener un servicio civil capaz de resolver los complejos problemas que ha de traer apareado el desarrollo es condición indispensable crear una escuela nacional de administración pública a nivel de enseñanza secundaria y superior.

3º) La mayoría de las opiniones está en favor de una rápida privatización de las empresas del Estado que originan déficit crónicos, con excepción de EFA cuya racionalización debería acelerarse lo mismo que las de las restantes empresas que sigan bajo el dominio del Estado.

II.- MINISTERIO DE DEFENSA

No es ésta la oportunidad de estudiar el cambio de estructura de este Departamento de Estado; por ello nos limitamos a recordar que la integración de las secretarías militares en el Ministerio de Defensa es una sentida necesidad logística y administrativa, que ha reportado ingentes economías y ventajas a los países que la han realizado (EE.UU., Inglaterra, Canadá, Alemania Occidental, etc.). La creación de la Junta de Comandantes en Jefe es un valioso antecedente para esta reforma ministerial.

III.- VOLUNTAD POLITICA Y GASTOS IMPRODUCTIVOS.

Los crónicos despilfarros del Estado —sobre todo en países ricos o que lo han sido, como el nuestro— no pueden corregirse sólo por un acto de voluntad del presidente de la República, aunque esta decisión sea fundamental.

Es un hecho evidente que la dirección colectiva de la función gubernativa se ha acentuado después de la guerra, aunque también es notoria la gravitación de sus jefes en las medidas trascendentales. Por ello pensamos con respecto a la reforma de nuestra estructura burocrática que se preconiza y personalmente he preconizado (*), que es necesaria la acción concertada del presidente, de su "ministro de Hacienda" y de los colaboradores inmediatos de éste —además de la comisión del servicio civil propuesta— para conjurar el grave mal del exceso de empleados y del despilfarro oficial, con sus trágicas secuelas: déficit presupuestario e inflación. Pero es más: creemos que ni siquiera el restablecimiento del cargo de ministro de Hacienda con las funciones y responsabilidades específicas que le asignaban las leyes anteriores a la 14.439, que son semejantes a las otorgadas a sus colegas de otros países democráticos, sería suficiente para desarraigar la perniciosa costumbre que tiene la mayoría de los funcionarios —subalternos y superiores— de malgastar los dineros públicos o de hacer un uso abusivo de ellos. Sólo mediante una hábil campaña persuasiva tendiente a demostrar a los funcionarios que sus retribuciones estarán en proporción inversa al derroche burocrático se podría, a nuestro juicio, lograr algún resultado de carácter general.

FUNCIONES DEL MINISTRO DE HACIENDA.

1º) A partir de la sanción de la ley 14.439 de organización de ministerios, la República deja de tener ministro de Hacienda, ya que el de Economía no ejerce en forma directa —ni podría materialmente hacerlo— la fiscalización contable, administrativa y financiera y especialmente el control de todo gasto que se ordene sobre el tesoro de la Nación y de la cuenta de inversión del presupuesto. Estas y otras atribuciones conferían directamente al ministro de Hacienda las leyes 3727 (arts. 8 y 10, incs. 9 y 11), 13.529 (art. 20 incs. 2, 3, 4 y 5) y 14.303 (Capítulo IX). Algunas de estas funciones las ejerce a otro nivel el secretario de Estado homónimo, el que —entre otras limitaciones— carece de jerarquía constitucional para reducir y controlar eficazmente los gastos de los distintos ministerios, incluso el de Economía y Trabajo.

Como economizar no consiste sólo en no gastar, sino en gastar lo mejor posible, las funciones del ministro de Hacienda adquieren una amplitud insospechada si ejerciendo plenamente sus atribuciones realiza un control continuo y minucioso en materia financiera. De ahí que aunque todos los ministros tengan igual rango, el de Hacienda, por el control que debe ejercer, sea el más altamente colocado, desde el punto de vista funcional. Los ministros —dice Bielse— "aunque iguales jurídica y legalmente en lo formal, prácticamente no lo son en el orden administrativo y financiero si se mira a la importancia real de las funciones de esta índole. Así, el ministro de Hacienda desempeña un papel principal; a su alrededor gira todo el mecanismo del presupuesto, por la índole de sus funciones y de su propia denominación (de "hacienda", de "finanzas"); es el encargado especial de equilibrar las entradas y salidas" (Derecho Administrativo T. II p. 450). Mientras cada ministro se empeña en acrecentar los servicios de su ramo, en magnificar su gestión político-administrativa y en aumentar en consecuencia los gastos, sólo el ministro de Hacienda se ocupa o debiera ocuparse de restringirlos. Y esto es tan cierto ahora como en 1955, cuando Bielsa publicaba una nueva edición de su obra fundamental citada, o en la época del ministro Terry. Por ello el ministro de Hacienda no debe desempeñar ninguna función ajena a su ministerio.

En la crucial circunstancia financiera que vive el país, el ejercicio pleno de estas atribuciones significa una labor ímproba capaz de absorber todas las energías y el tiempo disponible de cualquier hombre eminente, dotado de singular capacidad de realización, como lo han sido o son Poincaré, Snowden, Pinedo, Pinay, Einaudi y Erhardt, para no citar sino a los ministros de Hacienda más conocidos.

La ley 16.956 del 28 de septiembre de 1966 al anexar al Ministerio de Economía los de Trabajo, Obras Públicas, etc., originó la formación de un ministerio monstruo, cuyo titular no puede supervisar en forma efectiva la labor de sus secretarios de Estado, incluso el de Hacienda. Tiene a su cargo 7 de las 18 Secretarías de Estado, de las cuales 4 o 5 tienen substractum ministerial (Hacienda, Agricultura y Ganadería, Industria y Comercio, Trabajo, Obras Públicas); las anteriores leyes orgánicas les otorgaron esa jerarquía.

TEMAS DE HOY - TEMAS DE AYER

Si se tiene en cuenta que las funciones del ministro de Hacienda consisten en oponerse a los intereses particulares cuando éstos son contrarios a los del país, y en restringir los gastos en general, se comprenderá que el titular de Economía y Trabajo sin las funciones específicas que las leyes orgánicas citadas asignaban a los ministros de Hacienda y con las responsabilidades emergentes de las Secretarías de Estado a su cargo no pueda ejercer dicha actividad de contralor. Mal podría exigirles a sus colegas la contención en los gastos que la coyuntura financiera requiere con urgencia cuando es precisamente en su ministerio donde se origina el mayor déficit presupuestario (las empresas del Estado de la Secretaría de Transporte, particularmente EFA y algunas otras industrias del Estado fuertemente deficitarias, en jurisdicción de la Secretaría de Industria y Comercio).

REDUCCION DE LOS *GASTOS PUBLICOS.*

Si se desea realmente restringir los gastos públicos innecesarios y superfluos debe restablecerse sin pérdida de tiempo el cargo de ministro de Hacienda de la Nación, acrecentando en cierta medida las atribuciones y responsabilidades específicas que le asignaban las leyes que hemos citado, a fin de que este funcionario pueda lograr el equilibrio del presupuesto por la compresión de dichos gastos. Creemos oportuno recordar que el canciller del Tesoro en Inglaterra determina la suma global atribuída a cada ministerio en el presupuesto, modificando de ese modo las previsiones iniciales de sus colegas. Teniendo en cuenta lo que antecede es obvio referirse al error fundamental en que han incurrido las leyes 14.439 y 16.956 al suprimir este Departamento de Estado.

LOS MINISTERIOS DEBEN SER EJERCIDOS POR HOMBRES DE GOBIERNO.

Aunque para ejercer plenamente las funciones ministeriales en general se necesitan hombres de gobierno y no técnicos, tal como ocurre en los países mejor organizados, en el cargo de ministro de Hacienda se requiere una capacidad de decisión muy grande para oponerse a cualquier medida contraria al interés nacional, que en su caso lo representan los gastos improductivos y los intereses particulares que se mueven alrededor de ellos. Aun cuando el presidente apoye plenamente a su ministro, la impopularidad de las medidas adoptadas afecta principalmente a éste —señalado casi siempre como el responsable directo— más que a aquél, protegido por el prestigio de su alta investidura.

Por ello es que en una carta que se publicó el 15 de diciembre de 1962, en este diario, hemos sostenido, refiriéndonos al ministro de Hacienda, que "es necesario que el funcionario responsable pueda oponer su veto a toda iniciativa que tienda a desequilibrar las finanzas, negándole su refrendo en el momento oportuno, aun a costa de su renuncia". Terry, que tenía una amplia experiencia por haber sido ministro de Hacienda, ha dicho que "de todos los ministros es el de Hacienda quien más necesita de su autoridad bastante para con sus colegas y para con el mismo presidente".

Los grandes resurgimientos financieros de este siglo, desde los realizados en Turquía y Portugal por Mustafá Kemal Bajá y Salazar, respectivamente, hasta los últimos y más patentes que se los designa como el milagro alemán y el italiano, sin olvidar la gran obra de saneamiento financiero que realizaron nuestros ministros de Hacienda Dres. Enrique S. Pérez y Alberto Hueyo, se hicieron a base de sacrificios generales y acarreó a sus artífices una momentánea impopularidad, que luego, al palpar la ciudadanía sus resultados benéficos, se trocó en prestigio imperecedero.

(*) En un trabajo presentado en el 2º Congreso Argentino de Ciencia Política. "La burocracia en el Estado Moderno" (1960).

Una de las obras que Carmen Trujillo expuso en Van Riel

En Nexo se realizó una muestra de pinturas de Héctor Tessarolo

Artes plásticas

"Tapera", de José Díaz Lago, que exhibió obras en el Touring Club Argentino

Lydia Montarsolo inauguró una muestra pictórica en la Galería Argentina

El conde de Buenos Aires

Por Bernardo P. Lozier Almazán

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1969

SI bien resulta extraño a nuestro ser republicano, Buenos Aires fue condado desde poco antes de la gesta de Mayo. Este acontecimiento virreinal, por lo singular en nuestro medio, merece evocarlo y nada más adecuado para ello que remontarnos a la época en que acaeció, considerando los sucesos y circunstancias que hicieron posible tan generosa concesión.

El título de Conde de Buenos Aires fue otorgado el 15 de mayo de 1809 por la Junta Central de España, a don Santiago de Liniers y de Bremond, quien vio su primera luz en la ciudad francesa de Niort, el 25 de julio de 1753; cuarto hijo de monsieur Santiago Luis de Liniers, primer Conde de Liniers (de concesión francesa), caballero de San Luis, Capitán de Fragata de La Real Armada, y de su cónyuge Enriqueta Teresa de Bremond.

A fin de ofrecer al lector una sucinta y ajustada reseña de la actuación cumplida por nuestro personaje, hasta su aparición en nuestro escenario colonial, recurriremos al trabajo publicado por el distinguido historiador y genealogista don Félix Martín y Herrera, quien, en el apretado texto de su monografía "Los Liniers en Francia, España y América" (1), nos dice que "siendo de doce años de edad es creado Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén o de Malta. Como paje del Gran Maestre de la misma, don Manuel Pinto de Fonseca, permaneció tres años en la isla maltesa y hubo de intervenir en alguna de las expediciones emprendidas contra los piratas berberiscos. En 1768 regresaba a Francia, incorporándose como subteniente de Caballería al Regimiento de Royal - Piemont. Por 1774 ingresó en la marina española y lucha en la expedición contra los moros argelinos en la escuadra que mandaba Castejón. Ascendido a alférez, se embarca en las naves del Virrey Pedro de Ceballos, en 1776. Luego participa en las batallas marítimas de 1779 a 1781 contra los ingleses, destacándose en el sitio de Mahón y en la conquista de Menorca.

Es teniente de navío en 1782 y continúa su brillante actuación en las flotas hispánicas, participando valientemente en el sitio de Gibraltar, a raíz del cual y de otros notables episodios bélicos, disciérnesele el grado de capitán de fragata. Por fin en 1788 regresa al Río de la Plata, desempeñando la gobernación de Misiones, viviendo allí dos años con su familia, redactó una Memoria fechada en junio de 1804 como resultado de observaciones en tal territorio y posteriormente ejercita otras funciones siempre a las órdenes de la monarquía española".

Ya que historiadores de indiscutible nota y avezada pluma han descripto su relevante actuación en las Invasiones Inglesas, que lo hicieron merecedor de su posterior nombramiento de Virrey Gobernador y Capitán Interino de las Provincias Unidas del Río de la Plata, no haremos especial mención de ello, agregando, dado que como se verá concierne a nuestro tema, que don Santiago de Liniers y de Bremond había celebrado matrimonio en la ciudad de Málaga de Andalucía, en 1783, con Doña Juana Ursula de Membielle y Membielle y posteriormente, ya que enviudó transcurridos cuatro años de celebrado este primer matrimonio, contrae segundas nupcias celebradas en la Catedral de Buenos Aires, el 3 de agosto de 1791, con la linajuda dama porteña doña María de Sarratea y Altolaguirre, hija ésta del alcalde de segundo voto don Martín de Sarratea e Idígoras.

Como lo expresábamos al principio, el título de Conde de Buenos Aires, le fue concedido por la Junta Central de España, a don Santiago de Liniers y de Bremond, a la sazón virrey interino de Buenos Aires, por acuerdo dispuesto en la Real Orden del 23 de octubre de 1806, en atención a los meritorios servicios prestados a la Corona durante las Invasiones Inglesas.

La denominación del título condal originó una enérgica protesta del Cabildo de Buenos Aires, pues a su entender convertía a la capital del virreinato en un señorío particular, siendo refutado por el mismo Liniers "basándose en que nunca el monarca había puesto el menor reparo en las denominaciones de los títulos elegidos por los agraciados". (2)

El primer Conde de Buenos Aires, podemos llamarle así, después de su destitución se avecinda en la cordobesa Alta Gracia, adquiriendo un campo en donde esperaba hallar la paz en su campestre retiro, pero circunstancias conocidamente tristes epilogan su vida en el fusilamiento que por mandato de la Primera Junta se ejecuta en Cabeza de Tigre, en las primeras horas de la tarde del 26 de agosto de 1810. Pero el título condal no muere con quien lo ostentaba, sucediéndolo su hijo, habido en su mencionado primer matrimonio, don Luis de Liniers y de Membielle, nacido en Málaga en 1783, segundo Conde de Buenos Aires, quien ingresa a la Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas (3) el 14 de julio de 1800, siendo teniente de navío de la Real Armada con lucida actuación en varios episodios bélicos.

El conde don Luis gistiona ante las Cortes de Cádiz el cambio de la denominación de su título por el de Conde de la Lealtad, siendo aceptada su petición por Real Cédula signada el 21 de marzo de 1816.

Habiendo contraído sagradas nupcias con doña Rita Martínez de Junquera y Vélez de Guevara, el 21 de marzo de 1815, fallece, aún joven, el 21 de febrero del año siguiente.

Tercer Conde de la Lealtad fue su unigénito don Santiago de Liniers y Martínez de Junquera, quien había nacido en San Fernando, el 3 de febrero de 1816, fallecido de corta edad, quedando extinta la línea primogénita, esto es, de los Liniers y Membielle, pasando los derechos sobre el título condal a su tío carnal don Atanasio de Liniers y Sarratea, nacido en Montevideo, el 2 de mayo de 1798, secretario de legación y encargado de negocios de Su Majestad ante el rey de Cerdeña.

Este cuarto Conde de la Lealtad contrajo sagradas nupcias con doña Olimpia Jarnó de Pont-Jarnó (hija de los barones de Pont-Jarnó), y falleció en el castillo de Plessis el 22 de abril de 1882.

Para concluir este resumido esbozo, concerniente al origen y sucesión de un título que llevaba la denominación de Conde de Buenos Aires, sólo agregaremos que el unigénito del cuarto Conde de la Lealtad, don Santiago Alejandro de Liniers y de Pont-Jarnó, heredero y sucesor del condado de la Lealtad, lo rehabilitó por Real Carta extendida el 31 de octubre de 1862, con la antigua y primitiva denominación de Conde de Buenos Aires. ≠

(1) Editado en la revista de la Sociedad Argentina de Estudios Históricos Franceses, 1961.
(2) "Títulos Nobiliarios Hispanoamericanos", Julio de Atienza, Madrid.
(3) Expediente de Ingreso número 2164, custodiado en el Instituto Histórico de Marina (Madrid).

La lucha contra los insectos dañinos

Por José A. Ríspoli

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1969

LA guerra se perdía en todos los frentes. Lenta pero seguramente, las fuerzas aliadas, superiores en hombres y elementos, iban minando a las fuerzas del Eje. El monumental edificio creado para durar mil años se desmoronaba como un castillo de naipes. Los conductores de la guerra total, febrilmente, planificaban sus ofensivas que, hijas de la desesperación, eran formidables. Pero el destino estaba trazado: paulatinamente el cerco se estrechaba, inexorablemente. ¡Armas, armas nuevas!, clamaba el Estado Mayor. ¿Dónde estaban las promesas de los científicos? Armas capaces de destruir ejércitos en pocos instantes y de hacer dar un vuelco a la derrota que ya vislumbrábase cercana. Armas fulmíneas, de destrucción total; ejércitos y pueblos, sin ninguna discriminación. La fundación de un nuevo mundo justificaba todo. ¡La primera guerra mundial había ya demostrado qué poco valían las leyes éticas, y en esta segunda gran guerra todos los diques de contención habían sido desbordados! La ley de la selva volvía a imperar entre los hombres: matar o morir.

La orden fue escuchada, y los científicos, encerrados en sus laboratorios, lejos del fragor de la batalla, estudiaban y ensayaban. Era una carrera contra el tiempo: los hombres estaban ciegos y sordos, se mataban y morían, los pueblos caían a jirones y desaparecían bajo los escombros. No había tiempo para la ética ni para el amor ni para el arte, ni para nada de lo bello y agradable de la vida. Sangre, sudor y lágrimas ofrecía a su pueblo un conductor. Y los hombres, o luchaban o buscaban algo para continuar la lucha y vencer.

¡Pronto pondremos a vuestra disposición un arma capaz de destruir una gran ciudad en un segundo! ¡Pronto encontraremos un gas venenoso que destruirá en pocos momentos todo un ejército! ¡Bien venidas sean vuestras armas, señores científicos; pero apuraos, tenemos al enemigo a nuestras puertas! ¡Trabajad noche y día, no descanséis, buscad, ensayad, pero terminad pronto, si no será demasiado tarde!

La carrera contra el destino la perdió Alemania: sus científicos no llegaron a tiempo. Pero sus investigaciones no se perdieron, antes bien, se siguieron desarrollando por los mismos científicos, y por sus antiguos enemigos, ahora aunados por una causa común, pero en bandos antagónicos. El mundo se ha vuelto a dividir, y la última guerra, como todas las anteriores, no ha resuelto nada; por lo contrario, ha creado nuevos problemas que son más profundos, porque ahora el hombre cuenta con los elementos de destrucción que antes no poseía. Por un lado el átomo, minúsculo universo, donde están condensados toda la maravilla y el misterio de la creación, y por otro lado, el gas venenoso, la muerte invisible y cruel, terrible y tanto más odiosa cuanto que los hombres sucumben miserablemente ante ella, sin poder desenvainar su espada para tener la ocasión de esgrimirla ante el enemigo en la lucha noble e igual.

¡Qué lejos y qué hondos en el recuerdo están los tiempos de las luchas entre los hombres, hierro contra hierro, cuerpo a cuerpo, y el brazo presto para ayudar al enemigo vencido! Ahora la muerte es anónima y llega por donde menos se la piensa. El hombre ha progresado en todos los campos de la ciencia, inclusive en el de la guerra, que sigue siendo una ciencia, pero que ha dejado de ser un arte.

El átomo y el gas: dos armas mortíferas, listas en la mochila de los enemigos en potencia, en curso de continuo perfeccionamiento, es decir, cada vez más eficaces. Pero en plena guerra, acuciados por la necesidad, y en la paz, por la emulación, ¿pueden los hombres de ciencia deshumanizarse y solamente pensar en la destrucción? Aunque no lo quieran, sus descubrimientos sirven para la construcción, para mejorar la vida. Paradójicamente sus armas se convierten en instrumentos de paz y de progreso. Bien esgrimidas, pueden servir para evitar las guerras y no para emprenderlas. Porque cuando el hombre alcance en su vida terrenal el bienestar pleno, habrán desaparecido las causas de las guerras, y esas armas pueden ayudarlo a mejorar la vida.

De las dos armas creadas en los laboratorios, el poder atómico es bien conocido y se han difundido en forma notable sus posibilidades, tanto en la paz como en la guerra. Su poder es tan formidable que ya existe una saludable tendencia a considerar únicamente sus ventajas pacíficas. En cambio, los gases venenosos no han llegado al conocimiento público de una manera tan amplia como el poder atómico. Gases letales y paralizantes parecen ser de difícil manejo; existe una profusa lista y, entre ellos, los gases, basados en fósforo orgánico fueron ensayados por los alemanes en las postrimerías de la segunda guerra mundial, concluida antes de que esos estudios terminasen. Los mismos científicos alemanes, ayudados por colegas rusos e ingleses, siguieron investigando esos derivados del fósforo y, tremenda lección del destino, se encontraron ante una formidable arma que el hombre podía esgrimir ante otros enemigos que les eran comunes, sin distinción de razas ni nacionalidades. Esos enemigos, pequeños pero no por ello menos peligrosos, tienen una guerra declarada contra la especie humana desde su aparición en la tierra. En el fabuloso mundo de los insectos, centenares de especies son enemigas declaradas del hombre, al que muchas veces han vencido. Pero ahora, buscando armas para su destrucción mutua, aparece una para el enemigo común.

Los derivados del ácido fosfórico demostraron su poder insecticida cuando en el mundo apareció la inquietante novedad de la resistencia de los insectos vectores de enfermedades humanas a los insecticidas, que, como los derivados clorados, constituyeron la primera arma contra ellos. En efecto, siguiendo la ley de la supervivencia de los más fuertes, las especies resistentes a las drogas utilizadas llenaron los claros logrados por la droga.

Otra vez aparecía el fantasma de enfermedades transmisibles por insectos en lugares donde se los había logrado erradicar. La Organización Mundial de la Salud, nacida después de la última guerra como entidad internacional al servicio de los programas de salud pública, propició los estudios sobre los nuevos productos derivados de los ésteres orgánicos y ácidos fosfóricos, que parecían tener una efectividad mayor y no provocar resistencia a las especies tratadas.

Según la Organización Mundial de la Salud, las especies transmisoras del paludismo en 1946 eran dos, y en 1960 el número de especies ascendía a 52. Según un estudio general sobre el tema, en 1945 existían 13 especies resistentes a los insecticidas clorados, y en 1960 se había llegado a 137, de las cuales 65 tenían importancia agrícola y 72 sobre la salud pública. El paludismo sigue siendo un problema mundial de primera magnitud, del cual únicamente se ha tratado hasta ahora el 60 por ciento de los territorios invadidos por el flagelo, y millones de seres humanos sucumben todavía a él. Cuando en 1895 Sir Ronald Ross demostró la relación existente entre los mosquitos anofeles y el paludismo, previno que el día que el hombre pudiera controlar a aquéllos la enfermedad desaparecería de la tierra y vastas regiones tropicales podrían incorporarse a las zonas pobladas y saludables. No está lejos el día en que ello se logre. Pero no solamente el mosquito es responsable del paludismo, sino también de la fiebre amarilla, la encefalitis y el tifus murino. Todo esto en forma directa, pero también en el vasto mundo de los artrópodos no todos agreden al hombre transmitiéndole enfermedades, sino también luchan contra él en forma indirecta, atacándolo en su economía y destruyendo sus alimentos. La humanidad debe defenderse, entonces, para preservar su salud y sus alimentos, haciendo una lucha sin cuartel contra las especies de insectos dañinos. En esa lucha debe, en primer término, evitar que las armas usadas se vuelvan contra él mismo y en segundo término no dañar las especies que le son útiles. Entre éstas, algunas lo alimentan, como por ejemplo, las abejas, que también lo ayudan en el ciclo biológico de los vegetales que le sirven de alimento, transportando el polen fecundante. Otras especies destruyen a sus congéneres que dañan la agricultura. El ingenio de los investigadores y científicos los llevó a encontrar derivados fosforados de gran poder insecticida y acción mortífera polivalente a más de 100 especies distintas de insectos y presentar una toxicidad muy baja para el hombre y los animales de sangre caliente.

Los plaguicidas sirven para combatir a estos pequeños grandes enemigos del hombre, pero hay que manejarlos con prudencia y conocimiento total. Recientemente, noticias de todo el mundo, inclusive de nuestro país, informan sobre desastres ocurridos por el manejo indebido de los plaguicidas. Estos pueden actuar de diversas maneras: directamente por ingestión, por inhalación o por contacto, e indirectamente por ingestión de productos pulverizados o rociados con insecticidas. En ambos casos, la peligrosidad depende del producto empleado y de la cantidad ingerida o inhalada. Los fosforados actúan inhibiendo una sustancia orgánica llamada colinesterasa, que sirve para regular el sistema neurovegetativo, imprescindible para la vida. El antídoto más eficaz es la atropina, que a dosis terapéuticas y actuando cuando aún no se han producido daños irreparables, es muy eficaz. Lo malo puede ser el desconocimiento del origen de los trastornos, cuando éstos se presentan, y no dar la terapéutica adecuada a tiempo. Otro hecho negativo resulta de que repetidos contactos con el insecticida fosforado orgánico pueden disminuir el nivel de la colinesterasa hasta que el individuo llega a tener envenenamiento agudo, estado al que puede ser empujado por un pequeñísimo contacto adicional. Esto es muy importante advertírselo a los encargados de las tareas de desinsectización. En éste, como en todos los problemas de salud pública, es menester una adecuada educación y cultura sanitaria, puesto que un conocimiento exacto de lo que se maneja y la adopción de las debidas precauciones obvian el peligro.

En una ciudad como Buenos Aires, la lucha debe dirigirse principalmente a moscas y mosquitos, peligrosos pobladores que, además de ser en potencia transmisores de enfermedades, son sumamente molestos y deben erradicarse de una ciudad que se precie de culta y limpia. Además de las medidas generales tendientes a evitar su procreación, y que pueden resumirse en conservar la higiene del medio, evitando la acumulación y exposición de basuras y la formación de aguas estancadas, la utilización de insecticidas debe guardar ciertas condiciones. Estas son las siguientes: efectividad, inocuidad y bajo precio. Actualmente, habiéndose demostrado aquí, como en muchos otros países, la resistencia a los derivados del D.D.T., la utilización de fosforados, de toxicidad baja, se impone. Contrariamente a la creencia general, estos fosforados derivados de los temibles gases de guerra son ahora casi inocuos debido al trabajo de los químicos, que al modificar, en algunos casos ligeramente, la fórmula química, obtienen productos que, conservando su acción insecticida, pierden casi toda su toxicidad para los humanos. Pasa lo mismo con los fosforados; los primeros en ser utilizados fueron derivados del ácido tiofosfórico, cuya relación con el ácido fosfórico original es el agregado de un átomo de azufre. Estos fosforados son muy activos, pero también muy venenosos para el hombre, por lo que su uso ha quedado relegado para la agricultura bajo ciertas condiciones obligatorias, cuyo incumplimiento por desconocimiento o negligencia provoca las tragedias conocidas. Pero para una ciudad o centro poblado es imprescindible utilizar otros derivados del ácido fosfórico que tengan un gran margen de seguridad, sin ser por ello menos eficaces. Los químicos, agregando al ácido fosfórico dos moléculas en lugar de una de azufre, obtuvieron derivados del nuevo producto denominados ditiofosfóricos, que cumplen las condiciones de inocuidad, puesto que se necesitan dosis 100 veces mayores para ser peligrosas. De esa fórmula original, a la que se han agregado dos grupos metilos, se obtienen productos aptos para ser utilizados en la ciudad, tanto en lugares abiertos como cerrados, sin más inconvenientes, algunas veces, que la producción de fenómenos alérgicos en personas sensibles.

Un nuevo sistema promete ahora mayor alcance y efectividad en las tareas de desinsectización. Se trata de la producción de una nueva nube tipo ocultamiento de guerra, que permite el transporte del insecticida a larga distancia, obviando el uso de aviones y helicópteros, con lo cual el operativo es más económico y seguro.

Insecticidas efectivos y medidas generales de higiene. ¿Qué más falta para librar a la ciudad de peligrosos vecinos? Como en todos los problemas de salud pública, hace falta educación y cultura sanitaria en el pueblo, en todos los niveles, para que cada uno haga su parte para la obtención de un bien común: una ciudad limpia y sana. Sin participación de la comunidad no hay campaña ni operativo, ni plan de salud pública que pueda tener éxito. Hay que combatir el concepto equivocado de mucha gente, que todo lo espera de la acción estatal y que protesta cuando ella no llega. Combatir las plagas que contaminan el medio ambiente es una obligación de todos, y nadie debe permanecer ajeno a la lucha. Sirva como ejemplo ilustrativo la relación de un hecho acaecido en un barrio de Buenos Aires, hace un tiempo. En una visita al mismo por un intendente municipal, una señora se aproximó y a boca de jarro lo increpó por la presencia de ratas en el barrio. El intendente, que era muy observador, le contestó: ¡Sí, señora, yo le voy a matar las ratas, pero usted no les dé de comer! La señora, un momento antes, al salir de su casa, había arrojado una buena cantidad de desperdicios en la vía pública, y el hecho no había pasado inadvertido para el funcionario.

Es bueno combatir las ratas e insectos dañinos que amenazan nuestra vida, pero mejor que matarlos es evitar su procreación. Para ello no deben arrojarse desperdicios sin la correspondiente protección, ni favorecer por incomprensión o negligencia su pululación. ≠